

Introducción.

A nuestros lectores les puede sorprender que en esta sección de Fuentes Patristicas presentemos la *Colación XIII* de Casiano. Sin embargo para el lector español, hoy en día, en las principales ediciones de Casiano, la *Colación XIII* no está presente. Por eso, dada la importancia del tema –“la gracia de Cristo”–, es una *Colación* medular en la obra y el pensamiento del autor. ¿Por qué se la elimina de muchas ediciones en lengua moderna? Porque con esas enseñanzas que contiene, Casiano entró dentro de una polémica que agitó a los monjes y a todo el mundo cristiano de Occidente desde fines del siglo IV hasta mediados del VI. ¿Cómo será entonces esa polémica que hasta el día de hoy los diversos traductores la sacan y pasan por alto, de un modo muchas veces desapercibido para los lectores, saltando de la *Colación XII* a la *XIV*! Con ello están manifestando que la controversia no sólo se dio en torno a esos siglos, sino que aún hoy continúa presente y, utilizando un viejo recurso para quitar de en medio a los autores que no son del propio agrado, se elimina el texto.

Sin embargo, la importancia que fue adquiriendo Casiano en la tradición monástica, sustentada por la invitación que hace la *Regla de san Benito* a su lectura, no dejan lugar a que se la pueda ocultar por mucho tiempo. Al finalizar su obra san Benito señala al monje que la *regla* que tiene entre sus manos no es sino una simple *regla* de iniciación. Para quien quiera seguir creciendo “*están las enseñanzas de los*

La gracia de Cristo. La Colación XIII de Casiano¹

CuadMon 148
(2004) 57 - 113

¹ Introducción, traducción y notas del abad Fernando Rivas, osb (Abadía San Benito de Luján, Buenos Aires, Argentina).

santos Padres, cuya observancia lleva al hombre a la cumbre de la perfección. Porque ¿qué página o qué sentencia de autoridad divina del Antiguo o del Nuevo Testamento, no es rectísima norma de vida humana? O ¿qué libro de los santos Padres católicos no nos apremia a que, por un camino recto, alcancemos a nuestro Creador? Y también las Colaciones de los Padres, las Instituciones y sus Vidas, como también la Regla de nuestro Padre san Basilio”². Y al referirse al oficio de Completas agrega: “Los monjes deben esforzarse en guardar silencio en todo momento, pero sobre todo en las horas de la noche. Por eso, en todo tiempo, ya sea de ayuno o de refección, se procederá así: Si se trata de tiempo en que no se ayuna, después de levantarse de la cena, siéntense todos juntos, y uno lea las “Colaciones” o las “Vidas de los Padres”, o algo que edifique a los oyentes... Si es día de ayuno, díganse Vísperas, y tras un corto intervalo acudan enseguida a la lectura de las “Colaciones”, como dijimos. Lean cuatro o cinco páginas o lo que permita la hora, para que durante ese tiempo de lectura puedan reunirse todos, porque quizás alguno estuvo ocupado en cumplir algún encargo, y todos juntos recen Completas”³.

Este respaldo que da san Benito a las obras de Casiano (*Instituciones y Colaciones*) es llamativo, si tenemos en cuenta que se trata de un autor polémico. Pero, por otra parte, pone de manifiesto la actitud que en ese momento se tenía ante un texto que en nada contradecía la doctrina de la Iglesia acerca de la “gracia”, que recién sería delineada en forma definitiva con el Concilio de Orange del 529 presidido por Cesáreo de Arlés, contemporáneo y conocido de san Benito⁴. Y, para hacer justicia, es necesario también recordar que muchas afirmaciones de san Agustín, el doctor de la gracia, también fueron matizadas y moderadas particularmente en lo que se refiere a la predestinación –como se verá más adelante– y la perseverancia final, que es un tema que acompaña a las discusiones sobre la gracia.

De este modo la presentación de esta *Colación XIII* en las *Fuentes Patrísticas* de Cuadernos Monásticos no es con el fin de continuar una polémica que recorrió los siglos hasta el día de hoy, sino de señalar su

² *Regula Monachorum* 73, 2-5.

³ *Íd.* 42, 3-8.

⁴ El padre Adalbert de Vogüé ha señalado que muy probablemente estos dos monjes se conocieron mientras vivían, uno en Arlés y el otro en Montecasino. El posible contacto se debe a que el patricio Liberio, prefecto de las Galias del 508 al 536, amigo de Cesáreo, fundó un monasterio en la Campaña cuyo abad fue Servanda, amigo de san Benito.

aporte en la gran discusión acerca de la gracia que, por otra parte, se remonta a la misma polémica evangélica con los fariseos. Sin sus enseñanzas la Iglesia no hubiese podido elaborar una síntesis como la que dejó plasmada el II Concilio de Orange. Por eso presentaremos su escrito con el marco de fondo de las enseñanzas de san Agustín, sin por ello enfrentarlos. Así el lector podrá tener ante sus ojos no ya un sistema cerrado, perfecto y coherente, lo que significaría anteponer la lógica al misterio cristiano, pero sí se podrá visualizar la riqueza de ese misterio, que no sólo preocupa a los teólogos sino a todo cristiano cada vez que reflexiona sobre su vocación y la obra que Dios (*opus Dei*) realizó en Cristo para su propia redención.

1. Breve reseña histórica del conflicto “semipelagiano”.

Después que san Agustín resuelve la disputa contra el monje Pelagio (en torno al año 415), reconociendo la verdadera naturaleza de la gracia de Cristo y de la libertad humana, persiste una forma moderada de la doctrina del mismo, que recibe, siglos después (XVIII), el nombre de “semipelagianismo”. Sus principales representantes son los monjes del sur de la Galia pertenecientes a la familia de Lérins, que dio ilustres figuras tanto por su santidad de vida como por su sabiduría.

Esta nueva forma del pelagianismo es más moderada y centra su discusión en torno a la salvación personal y el papel que tienen la gracia divina y la voluntad. Un caso típico de esta nueva disputa era lo que se llamó *initium fidei*, el comienzo de la fe. ¿Es pura obra divina, de la gracia? ¿No corresponde también al hombre con su libertad el recibirla y aceptarla, es más, mostrando buena disposición para acogerla? Si el hombre asume un papel puramente pasivo respecto a la acción de la gracia, ¿a qué se debe que unos respondan consagrando su vida y otros ni siquiera le responden? ¿Se tratará de un misterio de predestinación?

Es en este contexto histórico donde aparece Casiano. Venido desde Egipto y sus desiertos monásticos (sale en el año 399), Casiano llega al sur de Galia, se une a los monjes lerinenses y escribe sus grandes obras: *Las Instituciones* y *Las Colaciones*, en las que, según dice él mismo, vuelca las enseñanzas recibidas de aquellos monjes orientales. Y muy concretamente, en el año 430 escribe la *Colación XIII* que ahora presentamos. Esta Colación escandalizó a los discípulos radicalizados del agustinismo, que tuvieron un representante destacado en Próspero de Aquitania. Pero, por

otra parte, los círculos monásticos de Lérins se escandalizan de las opiniones de san Agustín que parecería quitarle valor a la vida monástica como camino de salvación, pues Dios la concedería por pura gracia a quien quisiera, independientemente de su fidelidad en la vida cristiana.

Insistir en el papel de la voluntad humana y su iniciativa en la vida espiritual llevaba a un reconocimiento de una voluntad no herida por el pecado y por tanto que no “necesita” de la gracia de Cristo para salvarse. Pero reconocer la pura “gratuidad” de la salvación es casi lo mismo que decir que unos son salvados y otros condenados por pura “predestinación” divina.

Con el paso del tiempo, y en vida de san Benito, esta disputa recibe su mayor clarificación gracias al II Concilio de Orange (529) que, bajo la presidencia del antiguo monje de Lérins Cesáreo de Arlés, pone los cimientos de la verdadera doctrina de la Iglesia. Pero ello significó una moderación en las afirmaciones de los monjes “semipelagianos”, y también de san Agustín en lo que se refiere a la predestinación de los hombres.

La persistencia de estos planteos desde el 420 al 529 hizo que grandes personajes fueran juzgados como partidarios de una u otra postura, incluyendo a san Benito (550) y a los mismos Papas de ese período.

La muerte de san Agustín (430) y de Casiano (435) apaciguan la controversia, que sigue por unos años más hasta la convocación de dicho Concilio de Orange⁵

⁵ Sin embargo la historia no termina allí, pues el pelagianismo es una tentación constante del espíritu cristiano. Pero esta vez el comienzo se debe a un agustinismo extremo propiciado por Bayo y Jansenio. Entre estos dos momentos de la disputa pelagiana hay que recordar la presencia de la teología de santo Tomás de Aquino, quien intenta definir la gracia y explicarla de modo independiente de su relación con la libertad humana. Gracias a Tomás de Aquino se llega a la identificación de la gracia con la presencia del Espíritu Santo en el cristiano, cosa rechazada hasta el día de hoy por la baja escolástica que considera la gracia como una realidad creada que hace al hombre poseedor de una vida divina “creada”. Al respecto es muy esclarecedora la obra de M. Sánchez Sorondo: *La gracia como participación en la naturaleza divina según santo Tomás de Aquino*, Salamanca 1979.

H. Rondet afirma de Bayo: “lector asiduo de las obras del doctor de Hipona, Bayo hace suya la tesis de la justificación progresiva. La justicia es la rectitud de la voluntad; pero después de la caída original, el hombre ha quedado descentrado, replegado sobre sí mismo. La gracia podría enderezar esta voluntad, pero Dios da la gracia a quien quiere y como quiere. Hay algunos que jamás llegarán a la fe, otros creen que no pueden guardar la castidad, pero un san Pedro recibe el don de una inmensa caridad. La justicia es, para el hombre, siempre un ideal fuera de su alcance

2. Síntesis histórica de la doctrina de la gracia en las últimas obras de san Agustín (418-430).

Como la disputa por el llamado “semipelagianismo” afectó los últimos años de la vida de san Agustín, nos referiremos sólo a ellos y las obras que escribió en torno a las inquietudes que le presentaron los monjes de Adrumeto (80 kms. al sur de Hipona). La disputa con Pelagio ya había terminado con el apoyo oficial de Roma a sus afirmaciones. Por eso no tocaremos las obras que se refieren a ese período de la disputa.

Respecto a las obras de este último período, antes de su muerte, hay posturas muy distintas. Basil Studer las considera obras de la vejez, sin mucho valor. En cambio Agostino Trapè considera que son una síntesis magnífica de toda su doctrina, donde las distintas posturas del autor llegan a una madurez final.

1. El punto de partida: la carta 194 de San Agustín

A fines del 418, Agustín escribe a Sixto (sacerdote romano, futuro Papa Sixto III) para felicitarlo por la adhesión que, frente al Papa Zósimo, había confesado de su doctrina de la gracia, frente a la herejía pelagiana.

y debe contentarse con una justicia imperfecta que Dios consiente, por misericordia, en mirar como si fuera una verdadera justicia. Una línea sinuosa que imita una línea recta, eso es la justificación concretamente. No es más que una sucesión ininterrumpida de remisiones de pecados y de actos virtuosos siempre deficientes. Bayo ignora el estado de gracia. Retiene de Agustín sólo la noción dinámica de caridad y justificación (RONDET, H., *La gracia de Cristo*, Barcelona 1966, 243-244).

Con estas afirmaciones Bayo se coloca muy cerca de Lutero y Calvino, a quienes responde el Concilio de Trento. La voluntad caída del hombre es impotente, de modo radical, y por eso la libertad, en el hombre, es ficticia.

Jansenio también era un agustiniano ferviente, sin embargo la reducción a su sola doctrina acentuó los riesgos que ella corre en materia de predestinación y la pasividad de la voluntad humana. Jansenio considera que el hombre se debate entre dos polos: el amor propio y el amor a Dios y así la voluntad oscila entre una esclavitud a la concupiscencia (identificada con el pecado original), o bien el estar sometida por la misma gracia de Cristo. Pero en los dos casos la voluntad carece de libertad. Es en este contexto histórico donde nace la expresión “semipelagianismo” con la cual los agustianianos extremos como Bayo, Jansenio y Quesnel acusan los nuevos errores y releen obras como las de Casiano, tildándolas con ese adjetivo.

a. *Contenido de la carta 194*

1. La gracia es un don gratuito de la bondad de Dios (2,4). Ni el condenado puede quejarse de injusticia, ni el perdonado de ser justamente salvado.
2. La elección divina se da, no por las prerrogativas del mérito, o por la necesidad del hecho, ni por un capricho de la fortuna, sino por la profundidad de la Sabiduría de Dios (*Rm* 11,33-36; *RB* 3,6-9,15).
3. El mérito de la oración procede de la gracia. Porque es el Espíritu quien ayuda nuestra debilidad, pues no sabemos orar como conviene (*Rm* 8,26; *RB* 4,16).
4. La vida eterna presupone un mérito, pero este presupone el don de la gracia. Así como los méritos necesitan la gracia, la misma vida eterna se nos da gratis (5,16).
5. Para entender el misterio de la predestinación hay dos premisas:
 - a. En Dios no hay iniquidad
 - b. Sus designios son inescrutables
6. Responde a 2 objeciones pelagianas:
 - a. *¿Es justo que ante una misma falta, uno sea perdonado y el otro condenado?*
 “Los dos son culpables, sin embargo con uno es misericordioso, y con los dos Justo. En la Misericordia, demuestra su poder” (2,4).
 - b. *¿Qué sucede cuando vivimos mal, ya que se debe a que no hemos recibido la gracia de vivir bien?*
 A Dios hay que atribuir la humana naturaleza, el mal del hombre que lo endurece es fruto del pecado original y de sus pecados “... fueron plasmados de una masa condenada por Dios, con razón y justicia, por el pecado de uno en quien todos pecaron” (6,22).

2. *Reacción de los monjes de Adrumeto por la carta 194*

En el 426, un monje de Adrumeto, Floro, viaja a Uzala, y allí transcribe la carta 194, que otro monje, Félix, introduce en el monasterio sin el conocimiento del abad Valentín. Pero en el monasterio, a causa de malas interpretaciones, causa grandes problemas. Recién entonces llega a conocimiento del abad Valentín, que llama a Evodio, obispo de Uzala y amigo de Agustín, para que vaya a disipar los malentendidos. Evodio les envía una carta que no satisfizo a los monjes. Pero al mismo tiempo informa a Agustín.

Agustín invita a dos monjes, Crescencio y Félix, a ir a Hipona, para que él los ilustre. Finalmente, terminada la Pascua, vuelven los monjes a su monasterio llevando los documentos y tratados más importantes sobre el tema: las actas del Concilio de Cartago (411), del de Numidia, las respuestas del Papa Inocencio a las actas, el *De Oratione de Cipriano*, etc, 3 cartas al abad Valentín (214-215 a) y el Tratado sobre “La gracia y el libre arbitrio” (*De Gratia et libero arbitrio*) que Agustín escribe especialmente para ellos.

3. El Tratado “la gracia y el libre arbitrio” (*De Gratia et libero arbitrio*)

a. Objeciones de los monjes a la doctrina de Agustín

1. Al defender la gracia se niega el libre arbitrio.
2. Por tanto, Dios no paga a cada uno según sus propias obras.
3. La gracia se recibe en proporción al mérito propio.

b. Contenido del Tratado

Toda su argumentación y especulación es a partir de las Sagradas Escrituras.

Establece 4 binomios:

1. a. Existencia del libre arbitrio: *Si* 15,11-18
 - + Los mandatos divinos que dicen “no hagas..., no digas..., etc.”, demuestran la necesidad de asentimiento (2,4-3,5).
 - + El querer o no es cosa de la propia voluntad, y es finalmente, el objeto del Juicio (3,5. *Epist* 214,2).
- b. Necesidad de la gracia en todo *Mt* 26,41; *1 Co* 15,10.
 - + es necesaria para obrar en el inicio, en el mismo acto, y en el perseverar
 - + la obra es fruto de la oración, y ésta de la gracia (4,9)
En el obrar hay una co-participación del hombre y de la gracia (*2 Co* 6,1)
2. Vida eterna:
 - a. es un premio a las obras
 - b. es fruto de la gracia (*Mt* 16,27; *Rm* 6,23; *Rm* 11,6; *Ef* 2,8-9; *Jn* 15,5)
 - + Las buenas obras, por las cuales se da como premio la vida eterna, son gracia de Dios (8,20)⁶

⁶ Agustín tiene una frase que resume esta cuestión: “Cuando Dios corona tus méritos, no

3. el obrar de la gracia se manifiesta:
 - a. en el perdón de los pecados
 - b. en el no pecar más
 - + La gracia no está en la ley (2 Co 3,6; Ga 5,4), sino en la naturaleza (Ga 2,21; RB 14,27)
 - + La gracia no es sólo la remisión de los pecados. El perdón es la obra más grande, pero no basta, falta la gracia de no volver a caer, y esto es lo que se pide en el *Pater Noster* (13,26)

4. Dios actúa en la voluntad del hombre:
 - a. por su gracia
 - b. por la libertad del hombre (Rm 9,18-22; Pr 19,3; Sb 4,11; Jos 11,20; Flp 2,13)
 - + La gracia se llama *operante*: obra en nosotros sin nosotros o *cooperante*: obra con nosotros
 “Él comienza a obrar para que nosotros queramos (operante) y cuando queremos comienza a cooperar con nosotros para perfeccionar la obra (cooperante)”.
 “Dios no sólo hace buenas las malas voluntades, y por las buenas obras nos encamina hacia la vida eterna, sino que además el querer de los hombres está siempre en manos de Dios.” (20,41).
 - + “Dios por su justo juicio endureció el corazón del faraón, y este se endureció por su libre albedrío.” (Ex 8,32; RB 23,45)
 - + “Dios obra en el corazón de los hombres para inclinar sus voluntades donde Él quiere, ya por la misericordia, al bien, ya por sus méritos, al mal, en virtud de su designio, misterioso pero justo.” (20,41)
 - + Cuando se dice que Dios endurece el corazón del hombre, estad seguros de que sus méritos fueron la causa de todo lo que padece.

Es muy manifiesto, llegados a este punto, que san Agustín resalta el misterio de la gracia y del obrar humano tal como lo recibe de la tradición y las Escrituras, y por ello no duda en presentar afirmaciones que parecen contradecirse o bien no son del todo claras.

corona sino sus dones”, *Sermón* 333,5.

4. La respuesta de los monjes de Adrumeto al Tratado de Agustín

El Tratado de Agustín calmó los ánimos, pero no solucionó todos los problemas, sino que planteó nuevos interrogantes. En la Epist 216,23 Valentín expone la cronología de los sucesos que siguen:

Objeciones de los monjes:

“Si Dios obra en nosotros el querer, las correcciones del abad están de más”.

“Si por Dios se comienzan y concluyen las obras, los superiores sólo deben instruirnos y rogar por nosotros, para que no nos falte la gracia. Pero no pueden acusarnos por no poder obrar el bien, porque se debe a que nos falta la gracia”.

Estas afirmaciones, de una ingenuidad manifiesta, van a dar pie a que san Agustín exprese su pensamiento en un tema que, en la misma tradición monástica, tendrá una importancia muy grande: la corrección como instrumento de la gracia.

5. La respuesta de Agustín a los monjes de Adrumeto: el tratado “La corrección y la gracia” (426-7)

1ª parte del Tratado “la corrección y la gracia”

a. Preceptos divinos, corrección fraterna y oración: necesarios para la salvación

Los preceptos divinos son útiles porque nos dicen qué debemos hacer y nos invitan a pedir lo que no podemos.

1. “El Espíritu nos mueve para hacer lo que hacemos; somos movidos para obrar, pero no sin poner algo de nuestra parte, por eso se nos descubre lo que debemos hacer (preceptos divinos) para que haciéndolo con amor y gusto de la justicia, nos alegremos de la suavidad que nos dio el Señor. Y cuando no obramos, ya sea absteniéndonos de obrar, o por hacerlo sin gusto, roguemos para que se nos conceda lo que nos falta” (2,4).
2. La gracia implica el precepto de la caridad (1 Co 4,7-9); el precepto de la corrección (1 Co 16,14); y el precepto de la ora-

ción (1 Ts 3,12):

“Oh hombre, reconoce en los preceptos lo que debes poseer, en la corrección lo que te falta por culpa tuya, y en la oración aprende de dónde recibes lo que deseas tener” (3,5).

3. Rehusar la corrección: rechazamos el ser corregidos para no ver la propia deformidad, y no tener que orar para ser curado. “Por tu culpa eres malo, y se agrava al rehusar la corrección.” El orar por la propia curación implica reconocerse enfermo (*infirmus*), lo que no hace quien rehúsa la corrección (3,5-6,10). “No se ha de interrumpir la oración por aquellos que deseamos se conviertan, ni omitir la corrección”. Dios obra en algunos mediante la corrección fraterna, y en otros, por su propia mano, pero por qué obra de este modo es un misterio. “El dolor de la corrección engendra el deseo de la regeneración. Ante la corrección exterior, Dios obra en el alma la voluntad de conversión, por eso para que la corrección sea eficaz debe ir acompañada por la gracia y la oración”.
4. La corrección implica la falta de perseverancia en el bien, “por tu culpa eres malo”.

b. La perseverancia

Los monjes de Adrumeto argumentaban:

¿Por qué me reprendes, al decir que obro el mal voluntariamente, si he recibido la fe, que obra por la caridad, pero no la gracia de perseverar en ella?

“El que suplica a Dios perseverar en el bien, confiesa que la perseverancia es un bien que viene de Él” (6,10). Por eso corregimos con justicia a quienes no perseveraron en la buena vida, por propia voluntad, y por eso si la corrección no les aprovecha, y continúan con la mala vida, se hacen dignos de condenación. Sólo la fe en Jesucristo libera de la condenación. “Oh hombre, si hubieras querido, hubieras podido perseverar en la fe que oísteis y recibisteis.” (7,11)

La perseverancia no es dada sin la ayuda de la oración (1 Co 4,7; Flp 1,6; Lc 22,32), pero igualmente la oración viene de la corrección y de la gracia, pues por la corrección se evidencia el propio mal, que se pide se sane, por la acción de la gracia, en la oración.

c. La predestinación

“La voluntad humana no obtiene la gracia con su libertad, sino más bien la libertad con la gracia.” *El initium fidei* (el comienzo de la fe) y la perseverancia son dones que Dios otorga a quien quiere, sin ser injusto por eso.

“La suerte de cada uno está signada por la gracia, y ésta por la elección gratuita de Dios, antes de crear el mundo,... fueron llamados gratuitamente, sin méritos anteriores, y elegidos por el designio de Dios... y todos los elegidos fueron llamados, pero no todos los llamados elegidos,... los elegidos no pueden perderse, porque el Señor no puede ser vencido por la depravación humana” (7,14).

2ª Parte del Tratado “la corrección y la gracia”.

Los monjes de Adrumeto argumentaban:

Si Adán no perseveró en el bien, habiendo sido creado íntegro, ¿por qué se dice íntegro si le faltó ese don? Entonces, ¿por qué se le culpa de no perseverar al que no recibió esa gracia?

“No puede decirse que no la recibió, por no hallarse separado de la masa de perdición por la largueza divina. Pues antes de su caída no existía esa masa” (10,26).

“Dios creó al hombre dotado de libre albedrío, y aunque ignorante de su futura caída, era dichoso por saber que estaba en su mano el no morir y el evitar la miseria. Y si él hubiera querido permanecer en semejante estado de inocencia, por decisión de su libre voluntad, lo hubiera logrado, y tendría como los ángeles la certeza de no caer jamás” (11,30-32).

En Adán había: - inmortalidad: poder no morir
- paz consigo mismo, no había conflicto cuerpo-espíritu
- libertad: poder no pecar, perseverar en el bien

En el rescate de Cristo hubo: - inmortalidad: no poder morir
- libertad: no poder pecar

En la obra de la redención por la gracia hay que distinguir:

1. Auxilio “sine quo non” y auxilio “quo”

Sine quo non: es el auxilio sin el cual no se puede hacer una cosa

Quo: auxilio con el cual se hace algo

Adán recibió la facultad de poder no pecar, poder no morir (*sine quo non*); porque estaba sano, *firmus*. Se le concedió no el auxilio que le haría perseverar (*quo*), sino el auxilio sin el cual no podía perseverar usando de su libre albedrío (*sine quo non*). Ahora a los santos no sólo se les da la ayuda de perseverar, sino el perseverar mismo, porque no están sanos sino enfermos (*infirmus*). El *auxilio quo* no anula el libre albedrío pero igualmente la criatura no se resistirá a los designios divinos (12,33-38).

2. Presciencia, predestinación, pecado

Presciencia: con relación al mal, Dios es espectador y permisivo.

Predeterminación: con relación al bien, Dios es actor, participando en las obras de las criaturas, desde el inicio hasta la perseverancia final (13,40-42)

* Utilidad de la corrección

el pecado merece corrección (14,43-45)

a. que tiene un valor medicinal: para los predestinados

b. que tiene un valor punitivo: para los condenados

* Corrección y oración

“Siendo que la gracia no excluye la corrección, ni la corrección excluye la gracia, hay que pedir a Dios la gracia de cumplir lo que exige. Ambas cosas no excluyen la corrección,... y todo hágase con caridad, porque la caridad no peca y cubre multitud de pecados.” (15,49)

6. Repercusiones del Tratado “La corrección y la gracia” en el monasterio de Adrumeto.

Después de este trabajo de Agustín, se disipan los problemas de los monjes de Adrumeto, sin embargo, aparecen reacciones de parte de algunos monjes del sur de Francia, en especial de Marsella, que ya estaban molestos por el Tratado “La gracia y el libre arbitrio” (*De gratia et libero arbitrio*). Las objeciones de los monjes nos llegan a través de dos cartas, la n° 225 de Próspero de Aquitania, y la n° 226 de Hilario, donde piden a Agustín que por su autoridad aclare las dudas.

7. Carta 225. De Próspero a Agustín (año 429)

Objeciones de los monjes marseleses

1. La doctrina de la predestinación va en contra de las enseñanzas de los Padres y de la Iglesia.
2. Esta vuelve inútil el esfuerzo del pecador por convertirse y del justo por progresar.
3. Suprime la virtud.
4. Induce al fatalismo.
5. Lleva a la conclusión de que Dios creó diferentes naturalezas (maniqueísmo).
6. Hace inútil la predicación de la gracia (como auxilio).

Doctrina de los monjes marseleses (“semipelagianismo”)

1. Todo hombre pecó en Adán.
2. Nadie se salva por sus fuerzas, necesita el auxilio de la gracia.
3. A través de Cristo se da el perdón; los que se acercan a la fe y al bautismo pueden salvarse.
4. A los que han de creer que serán auxiliados por la gracia, Dios los conoció antes de la creación, los predestinó, los llamó y previó que serían dignos de la elección.
5. Todo hombre es invitado por las divinas enseñanzas a creer y obrar, para que nadie desespere.
6. El premio se otorga a la devoción voluntaria.
7. Dos son los principios de salvación:

- a. la gracia
- b. la obediencia del hombre.

La obediencia es anterior a la gracia, así el inicio de la salud viene del sujeto que la recibe, y no de Dios que la otorga. La voluntad del hombre da paso a la gracia, y no es que la gracia somete la voluntad del hombre. Es ayudado el que quiere y no es que quiere el que es ayudado.

8. “Es mentira que haya un número fijo de predestinados” (de otro modo no tendría razón de ser el esfuerzo humano).

Fragmentos:

-“El hombre no ha podido merecer nada, porque no existía y ha sido creado por la gracia de Dios”.

-“Por su discreción del bien y del mal, puede dirigir su voluntad al conocimiento de Dios y a la obediencia de sus mandatos; y de esta forma alcanzar la gracia, usando del bien de la naturaleza. En virtud de la gracia inicial, mereció llegar a la gracia salvadora”.

-“Dios no destina a nadie, todos son llamados, el pecador y el santo lo son porque así lo quieren; tanta facultad tienen todos, tanto para el mal como para el bien... la gracia ayuda al que quiere el bien y la condenación espera al que sigue el mal”.

Planteo: *El caso de los niños que mueren sin uso de razón, uno es bautizado y el otro no, ¿por qué?*

Respuesta de los monjes: Dios prevé cómo sería su proceder en el futuro y cuáles sus méritos, y así los juzga.

8. Carta 226. De Hilario a Agustín (429)

Contenido

1. Si la predestinación y la fe vienen sólo por designio de Dios, se hace innecesaria la predicación para excitarla.
2. Todos cayeron con Adán. A nadie alcanza su libre arbitrio para salvarse.
3. En los caídos, el querer y creer que puedan sanar su enfermedad es un mérito, al que corresponde un aumento de fe y finalmente la salvación.
4. Nadie puede bastarse para comenzar ni terminar una *obra*, como tampoco basta la sola voluntad para curarse .
5. Dios elige por la fe del hombre y no por sus obras, y en la medida de la fe da la caridad para cumplir las obras.
La presciencia elige la fe: “A quien Dios prevé que ha de creer, lo elige para darle el Espíritu Santo, para que obrando con su auxilio alcance la salvación.”
6. Presciencia: fueron “previstos” en razón de su fe futura; a nadie se le da una perseverancia tal, que no pueda perderla por propia voluntad.
7. Condenan la distinción auxilio *quo* y *sine quo non*.
8. Sea cual fuere el don, puede perderse por propia voluntad.
9. Condenan que exista un número fijo de predestinados.

9. Nueva respuesta de Agustín a los marseleses.

Agustín escribe un Tratado, que con el tiempo se dividió en dos partes: 1. “La predestinación de los santos” (*De prædestinatione sanctorum*), y 2. “El don de la perseverancia” (*De dono perseverantiæ*).

10. “La predestinación de los santos” (*De prædestinatione sanctorum*).

Contenido:

1. La fe tiene su inicio y aumento en el don de Dios, no en nuestros méritos, “la gracia es la causa de nuestros méritos”.
2. Fundamento bíblico: *Rm* 11,33-36; *Flp* 1,29; 1 *Co* 7,25; 2 *Co* 3,5; 1 *Co* 4,7. Estos textos prueban el error de Pelagio, que se extiende en el pensamiento de estos monjes, que consideran como esfuerzo personal del hombre el comienzo de la fe (*initium fidei*), esto es pensar que el empezar a creer es esfuerzo del hombre, por lo tanto la gracia no sería un don gratuito, sino un pago en proporción a ese primer esfuerzo humano.
3. San Agustín distingue entre *poseer la fe* y *poder poseerla*.
Poder poseerla: gracia natural, común a todos los hombres, permite al hombre ser elevado a poseer la gracia⁷.
El poseerla: efectivamente, es por obra de la gracia solamente.
4. La fe por ser don (regalo-gratis) es sobrenatural, es decir no tiene principio en el mérito del hombre.
 Objeción: *Escuchando la misma Verdad, ¿por qué unos creen y otros no?*
 Agustín: “Se debe distinguir lo que viene de la misericordia de Dios y lo que viene de su justicia. En unos la voluntad es preparada por Dios, en otros no”.
 Fundamento bíblico: *Rm* 11,7, *Is* 6,9 *Sal* 68,23: “He aquí patentes la misericordia y el juicio de Dios; la misericordia en la elección que logró alcanzar la justicia; el juicio, en cambio, en los que fueron endurecidos en su ceguera. Y no obstante, aquellos, porque quisieron, creyeron; estos, porque no quisieron, no creyeron. La justicia y la misericordia se han verificado en las mismas voluntades. Esta elección es obra de la gracia y no de los propios méritos” (6,11).
5. Distinción entre presciencia y predestinación (10,19): La segunda no se da sin la primera, pero sí se da en sentido inverso:
predestinación: Dios prevé lo que Él mismo habrá de realizar en los elegidos.
presciencia: Por ella puede prever lo que de ninguna manera puede ser obra suya, por ejemplo, el pecado.
6. Predestinación:
 “Dios nos eligió antes de la creación del mundo, predestinándonos en

⁷ “A excepción de aquella gracia por la cual hemos sido creados (gracia común a paganos y cristianos), no hemos recibido otra mayor que la de haber sido hechos fieles por el Verbo encarnado” *Sermón* 26,3).

adopción de hijos, no por nuestros méritos, sino por su beneplácito, para que nadie se gloríe sino en Él... según este designio es como se realiza la vocación de los elegidos, para quienes todo contribuye al bien, porque son llamados por designio, y sus dones y la vocación son irrevocables" (18,38).

"Todos los que están predestinados fueron llamados por Dios y ninguno puede decir: Yo creí para ser llamado, pues la misericordia de Dios lo previó (*prævenit*) siendo llamado antes, para que llegara a creer. Ninguno de estos perece porque Cristo no deja que ninguno se pierda, y si se pierde es porque no venía del Padre" (16,36).

"Fueron elegidos desde antes de la creación del mundo por Dios que conocía en su presciencia sus obras futuras, y son sacados del mundo para que ellos cumplan lo que Dios ha predestinado" (17,34).

"Elegió Dios en Cristo a sus miembros antes de la creación del mundo y ¿cómo pudo elegir a los que no existían, sino predestinándolos?" (18,35).

7. Objeción *¿Cómo admitir que los recién nacidos que mueren después de recibir el bautismo, son justificados según la previsión de sus méritos futuros, y los que no lo reciben, reprobados por sus deméritos futuros?*

Agustín: El bautismo no es efecto de la presciencia de los méritos futuros, porque entonces no sería un regalo sino un premio a los futuros méritos.

Los méritos humanos futuros que jamás habrán de realizarse son nulos.

Fundamento bíblico: *Sb* 4,11.7; *Rm* 11,34; *2 Co* 5,10.

11. El don de la perseverancia (*De dono perseverantiæ*).

En una primera instancia, Agustín expone los conceptos fundamentales respecto de la perseverancia, en especial el que es un don de Dios, y después se dedica a refutar las principales objeciones y problemas.

1. La perseverancia es un don de Dios:

Cuando se habla de perseverancia, se entiende que es perseverar hasta el final (*usque in finem*), por tanto nadie sabe si ha recibido este don, mientras vive en esta vida.

Fundamento bíblico: *Flp* 1,29 "A vosotros se os ha dado por Cristo, no solo creer en Él, sino también padecer por Él". Al decir creer se refiere al comienzo de la fe (*initium fidei*). Al decir "padecer" se refiere a la perseverancia.

¿Por qué pedirla si es Dios quien la da? “Cree que lo que recibes, lo recibes de aquel a quien lo pides”.

La perseverancia es el pedido principal que la Iglesia suplica en el Pater Noster.

En el *Pater*, como lo supo exponer san Cipriano, se refutan 3 errores pelagianos:

- a. La gracia no se da según nuestros méritos.
- b. Nadie vive exento del pecado en este cuerpo.
- c. Todos nacen con el pecado original y por esto dignos de condenación.

2. Objeción: *“La perseverancia se obtiene por nuestros ruegos y se pierde por nuestra mala voluntad, desobediencia y contumacia”* (Ep. 225).

Agustín: El don de la perseverancia se alcanza por nuestras súplicas, pero no se pierde porque es un don y porque la perseverancia es hasta el fin (una vez obtenido, no puede perderse); si el hombre fuera contumaz en el pecado, se diría “lo poseería, si hubiera perseverado”. Al decir “no nos dejes caer en tentación”, pedimos que no permita que nos dejemos llevar por nuestra mala voluntad, por tanto el resistir viene de Dios y es un don. Concluyendo, de Dios viene el no caer, y el pedirselo.

“Dios da unas cosas sin que las pidamos, p. e. *initium fidei*, y otras sólo a quienes las piden, p.e. la perseverancia” (16,39).

3. La gracia (*initium*, perseverancia) de Dios se da no según nuestros méritos, sino por el beneplácito de su voluntad... a fin de que el que se gloria se gloríe en el Señor” (12,28). Ese beneplácito de su voluntad, es pues, la predestinación.

Predeterminación (de los santos): No es sino la presciencia de Dios y la preparación de sus beneficios, por los cuales se salva aquel que es salvado; los que no lo son, son justísimamente abandonados por Dios en la masa de perdición” (14,35).

4. Objeción: *¿por qué la gracia no se da por los méritos del hombre?*

Agustín: Porque Dios es Misericordioso.

Objeción: *¿por qué no a todos?*

Agustín: *Porque es Justo.*

Si su Bondad se manifiesta perdonando, su Equidad exigiendo la deuda. (Tal vez la dificultad que encuentra la comprensión, es la situación de “deudor” que el hombre posee, después de la caída.)

Objeción: *¿por qué a algunos buenos no se les concede perseverar? 1 Jn 2,19.*

Agustín: Nadie sería gratuitamente liberado, si se le diera lo que se le debía. Por su propia voluntad cae el que cae, y sólo por voluntad de

Dios se persevera.

“No está en la mano del hombre el poder ser hecho hijo de Dios, sino que lo recibe de aquel que inspira los buenos pensamientos por los que alcanza la fe, que obra por la caridad, y para adquirir, conservar y progresar perseverantemente en este gran bien, no somos capaces por nosotros mismos; sino que viene de Dios, que disponga a su voluntad nuestros corazones y pensamientos” (8,17).

5. A la acusación sobre un supuesto maniqueísmo de pensar que como resultado del don de la gracia, hay entre los hombres dos naturalezas, responde:

“Si existieran dos naturalezas no habría gracia, puesto que nadie sería gratuitamente liberado, si se le daba lo que se le debía” (8,19).

6. Objeción: Cada uno con su voluntad abandona a Dios, de modo que justamente es abandonado por Él.

Agustín: “Por propia culpa abandona uno la fe cuando cede y consiente en la tentación de abandonarla”.

“¿Quién lo va a negar? Pero ¿y por esto vamos a decir que la perseverancia no es un don de Dios? Todos los días lo pide el que reza: no nos dejes caer en la tentación, y si su oración es oída, la recibe, y al pedirla todos los días, ciertamente no pone la esperanza de su perseverancia en sí mismo, sino en Dios”.

Objeción: “La doctrina de la predestinación es, para los oyentes, más que una exhortación a la virtud, un motivo de desesperación”.

Agustín: Sí, si esto quiere decir que el hombre tiene que desesperar de su salvación cuando pone la esperanza de la misma en sí mismo, y no en Dios” (17,46).

Con estas últimas reflexiones sobre la predestinación Agustín da por terminado el esclarecimiento a los monjes de Adrumeto de los puntos más difíciles y aparentemente contradictorios de la doctrina de la gracia. Como ya dijimos, Agustín privilegia la realidad del misterio frente a la lógica implacable, de allí que muchas veces parece contradecirse a sí mismo, cosa que veremos también sucede en Casiano.

12. *Conclusión.*

Hemos considerado conveniente hacer esta presentación de las últimas reflexiones de san Agustín acerca de la gracia. En ellas ya no vemos una simple discusión abstracta, de teólogo y erudito, sino de con-

vertido y hombre conocedor de la vida de una comunidad monástica. Gracias a las pintorescas observaciones que le hacían estos monjes Agustín va precisando su pensamiento acerca de la gracia. Sin embargo, como queda reflejado en el conjunto de textos presentados, las preguntas no son siempre claras y las respuestas de san Agustín parecen no satisfacer a una lógica que satisfaga al lector.

Pero lo más importante es hacer notar que la discusión no se limita a una ortodoxia doctrinal. En efecto, hay todo un conjunto de realidades que giran en torno al mismo y que ponen de manifiesto el papel de la mediación humana en la vida de la gracia (la corrección fraterna, las amonestaciones del abad, la observancia regular, etc.)⁸. La gracia no sólo implica el complejo mundo de la libertad humana que la reciba, sino también la humanidad a través de la cual actúa.

⁸ CLERICI, A., *La correzione fraterna in S. Agostino*, Palermo 1989.

3. La doctrina de la gracia en las *Colaciones* de Juan Casiano († 435)

Como dijimos arriba, el gran portavoz de los monjes marseleses, implicados en la controversia de los últimos años de la vida de san Agustín, fue Juan Casiano. Sin embargo su obra no fue siempre bien comprendida ni adecuadamente analizada. La crítica literaria enseña que para comprender la doctrina de un autor debe estudiarse la estructura entera de su pensamiento y no reducirlo a determinadas afirmaciones. Y esto, principalmente, respecto de los autores patrísticos que, conociendo bien las leyes de la retórica, establecían conexiones internas en sus escritos y le daban formas al pensamiento que no siempre seguía un desarrollo lineal como hace el hombre de hoy. Esto significa que, para Casiano y su doctrina de la gracia, debe tenerse en cuenta el conjunto de su obra que, tal como lo revelan los *Prefacios*, está cuidadosamente articulada y organizada.

En un breve estudio sobre el conjunto de las *Colaciones*, el P. de Vogüé⁹ ha dado interesantes indicaciones para comprender la estructura de las mismas y por eso mismo, poder establecer relaciones de textos que, de otro modo, quedan desconectados entre sí, dado lo extenso que son sus escritos. El P. de Vogüé señala que Casiano no sigue un ordenamiento cronológico para escribir las *Colaciones*, sino que ha relacionado y articulado los temas que se suceden siguiendo un criterio temático y por eso se trata del desarrollo orgánico de una enseñanza continuada, elaborada con una finalidad precisa y una metodología bien cuidada.

1. *Los encadenamientos de temas, de títulos y de autores en las Colaciones*

En primer lugar tenemos la estructura más superficial que divide las 24 conferencias en tres grupos de 10, 7 y 7 conferencias por sección, introducido cada uno por un Prefacio. De este modo las Conferencias se agrupan por autores individuales; por grupos de personas allegadas (p. ej. III y IV: Pafnucio sacerdote y Daniel, diácono, de la misma Iglesia), por títulos, lugares (XVIII y XIX) y temas. Aunque superficial, esta manera de agrupar, nos da la pauta de una tendencia en Casiano a juntar en grupos de 2 y 3 *Colaciones*. El conjunto queda agrupado así:

⁹ de VOGÜÉ, A., *Para comprender a Casiano, una ojeada a las Conferencias*, en *CuadMon* 103 (1992) 437-462.

I. Sección.	II. Sección.	III. Sección.
<ul style="list-style-type: none"> - Prefacio. - I.- MOISÉS, del objetivo y fin del monje. - II.- MOISÉS, de la discreción. - III.- PAFNUCIO, de las 3 renunciaciones. - IV.- DANIEL, de la concupiscencia de la carne y del espíritu. - V.- SERAPIÓN, de los 8 vicios capitales. - VI.- TEODORO, de la muerte de los santos. - VII.- SERENO, de la movilidad del alma y de los espíritus del mal. - VIII.- SERENO, de los principados. - IX.- ISAAC, de la oración. - X.- ISAAC, de la oración. 	<ul style="list-style-type: none"> - Prefacio. Preocupación lógica o didáctica "suplir lo que ha sido dicho en forma oscura o incluso omitido en las obras precedentes". - XI.- QUEREMON, de la perfección. - XII.- QUEREMON, de la castidad. - XIII.- sobre la gracia y el libre albedrío. - XIV.- NESTEROS, de la ciencia espiritual. - XV.- NESTEROS, de los carismas divinos. - XVI.- JOSÉ, de la amistad. - XVII.- JOSÉ, de las promesas. 	<ul style="list-style-type: none"> - Prefacio. Finalidad doctrinal particular: "instruir más plenamente" a los monjes, ermitaños y cenobitas. - XVIII.- PIAMÓN, de los tres géneros de monjes. - XIX.- JUAN, del fin del cenobita y del ermitaño. - XX.- PINUFIO, del fin de la penitencia e indicios de la satisfacción. - XXI.- TEONAS, del descanso de pentecostés. - XXII.- TEONAS, de las ilusiones nocturnas. - XXIII.- TEONAS, de la impecabilidad. - XXIV.- ABRAHAM, de la mortificación.

2. Agrupación de las Colaciones por pares

El P. de Vogüé hace notar que a lo largo de la mayor parte de las 24 Conferencias, se distinguen grupos de a dos, que, refiriéndose a distintos temas, presentan estructuras análogas. El caso típico es el de la primera colación de cada sección. Ella tiene una finalidad bien definida: presentar el fin y el ideal de la perfección, a menudo escalonado en dos o tres grados: una indicación del *scopos* o fin intermedio del monje aquí en la tie-

rra, expresado en un vocabulario común, llámese “pureza de corazón, caridad o contemplación”, “ciencia activa”, “oración de fuego”, “ciencia espiritual”, incluso “amistad” como cumbre de la caridad, el sublime ideal de “paciencia” de *Col. XVIII* o la perfección de la “caridad apostólica”. De este modo los tres grupos de *Colaciones* orientan toda su doctrina con las iniciales que se refieren, de un modo u otro, a una meta ideal.

Luego de este tema principal que encabeza cada grupo de *Colaciones* sigue luego el tema del auxilio divino, como un elemento intrínseco que no puede dejarse de lado sin quitar consistencia al tema del fin del monje. Esta indicación es ya un aporte importante para saber a qué responde el interés de Casiano al tratar acerca de la *gratia Christi*. Como dice el mismo de Vogüé: en las *Colaciones* que tratan de la gracia (o auxilio divino) y que complementan las que tratan de la meta de la vida monástica, Casiano desciende a un plano muy concreto que de algún modo deja de tratar los altos ideales de la vocación monástica para atenerse a los límites reales de la condición humana. Es por ello que se da una perspectiva realista y práctica que marca los medios reales y prescripciones concretas para alcanzar el fin, en una suerte de casuística que establece distintas hipótesis respecto al obrar del monje y a la acción de la gracia.

3. Agrupaciones en conjuntos de 3 conferencias

De modo análogo, Casiano dispone los desarrollos temáticos en trilogías paralelas en cada sección; el esquema general de cada sección es: “*perfección – castidad – libertad y gracia*”; y los grupos de tres que quedan comprendidos son: *Col. I-III*; *XI-XIII* y *XXI-XXIII*, es decir, las 3 primeras colaciones de cada decena.

De este modo la *I*, *XI* y *XXI*, esbozan un amplio cuadro de perfección. El paralelo entre *II*, *XII* y *XXII*, es más evidente todavía; en *II* el tema de la castidad está subyacente cada vez que se trata de la ascesis corporal y aparece explícitamente al final, mientras que en *XII* y *XXII* el tema principal, sin ambages, es la pureza corporal. En cuanto a *III*, *XIII* y *XXIII*, el problema de fondo es el mismo. Casiano hace manifiesto en ellas lo más importante que tenía que decir sobre las posibilidades de la naturaleza humana ayudada o no por la gracia. Y este es un nuevo elemento –el contexto– que debe ayudar a la comprensión de nuestra Colación *XIII*.

De este modo podemos presentar este esquema muy simplificado pero ilustrativo:

Primer grupo: Col. I-X	Segundo grupo: Col. XI-XVII	Tercer grupo: Col. XVIII-XXIV	Tema
Col. I: "El fin de la vida monástica"	Col. XI: "La Perfección"	Col. XVIII: "Los géneros de monjes"	La "perfección" cristiana del monje
Col. II: "La discreción"	Col. XII: "La castidad"	Col. XIX-XXII: "El fin del cenobita y el del anacoreta"	La pureza
Col. III: "Las tres renunciaciones"	Col. XIII: "La gracia de Dios"	Col. XXIII: "La impecabilidad"	Relación "gracia-libertad"

Gracias a esta estructuración, la polémica *Colación XIII* sobre la gracia queda incluida en un conjunto que le da un sentido nuevo gracias a aportes que ya no son intrínsecos ni se pueden conseguir reduciendo el estudio a su solo texto.

4. El esquema de la primera y segunda sección

Cada uno de los dos primeros grupos de *Colaciones* se presenta como un tratado completo y acabado. El primer grupo (Col. I-X), partiendo en la I con la proposición del alto ideal del "scopos de la contemplación", gracias a las dos conclusivas del primer grupo (las IX y X), se cierra perfectamente el tema en una inclusión (la contemplación u oración continua) que refuerza el sentido de este primer conjunto. Por lo demás las *Colaciones* I-III hacen hincapié en el fin del monje y los medios para alcanzar esa perfección, mientras que los grupos V-VIII, describen los enemigos con los que tiene que haberse el monje. Este programa temático es también seguido en las *Colaciones* de la segunda sección (XI-XVII) que, sin embargo, guardan un orden cronológico estricto.

5. El esquema de la tercera sección (Col. XVIII-XXIV)

Esta sección está caracterizada por una regresión temática y una mirada vuelta hacia el pasado. Está formada por dos grupos de 3

Colaciones y la Col. XXIV, que sirve de conclusión a toda la obra con su solemne exhortación a la paciencia y perseverancia. Las *Colaciones* XVIII-XX, están unidas por el lugar, la época y la exaltación de la paciencia y humildad, la comparación entre cenobitas y anacoretas y con Pafnucio, modelo de humildad. Luego sigue la trilogía XXI-XXIII, explicada más arriba. Cabe notar que ambas trilogías culminan con la evocación, en buen orden, de: *puritas cordis*, *caritas* y *contemplatio*, diversos aspectos del *scopos* de la vida monástica. Notamos, por último, que con la “exhortación al desprendimiento radical” y “al ideal de la virtud sublime de la paciencia fundada en la humildad” la sección tercera respeta el esquema de apertura de sección con una propuesta amplia de perfección.

6. Conclusión acerca de las *Colaciones*

La discusión generada en torno a la *Colación* XIII de Casiano sobre de la gracia no ha tenido siempre en cuenta la estructura literaria de la obra en su conjunto, tal como la ha puesto de manifiesto de Vogüé. No podemos abordar aquí esa síntesis que habría que hacer siguiendo este análisis del *corpus* de las *Colaciones* y las observaciones tan ricas hechas por dicho estudioso. Creemos que ello contribuiría a esclarecer su verdadero pensamiento acerca de la gracia y su lugar en la discusión sobre el “semipelagianismo”.

Pero un último elemento que puede ayudar a comprender su doctrina es la incorporación dentro del conjunto de la obra titulada *Instituciones*. Si bien cronológicamente le precede y por eso puede considerarse como perfeccionada por el desarrollo de las *Colaciones*, sin embargo encierra de un modo original la meta primera de Casiano al presentar sus enseñanzas. Ésta no fue otra que poner de manifiesto dónde se encuentra verdaderamente el problema de la gracia y su correcta comprensión: no se trata de un simple problema de doctrina. El punto crucial está dado por la adquisición de la humildad, virtud opuesta al orgullo que hace creer al hombre que se puede bastar a sí sin el auxilio constante de la gracia y de los hermanos. Por ello el verdadero conocimiento del papel de la gracia en la vida del monje está dado por la ciencia espiritual, que es fruto de la vida práctica o ascética, que lucha por ordenar las pasiones y no dejar que estas distorsionen la comprensión de la verdad.

Es por esto que un rápido repaso de las *Instituciones* puede ser importante para nuestro objetivo. Y, de un modo particular, la *Institución* XII acerca del orgullo, ya que es el vicio que distorsiona la consideración

acerca del obrar de Dios en el hombre y que, por otra parte, presenta pasajes llamativamente semejantes a la *Colación XIII* que estamos estudiando.

7. La gracia de Cristo y las "Instituciones": el espíritu de soberbia

Casiano asume en el conjunto de su obra una postura sumamente original acerca de la verdadera naturaleza de los conflictos llamados "doctrinales". El verdadero factor de desvío doctrinal que reconoce Casiano, no sólo en la disputa acerca de la gracia sino en toda cuestión de vida cristiana, es el orgullo. En primer lugar porque éste distorsiona la verdad amoldándola al capricho del sujeto, pero también porque ante cualquier desvío el hombre siempre tiene a la Iglesia y a los Padres que lo conducen, si es dócil, a la verdad reconocida por la tradición. Por eso al tratar de la soberbia Casiano está focalizando la causa más peligrosa de todo desvío y gracias a ello presenta su original respuesta a esta cuestión.

Por otra parte éste es el verdadero interés de Casiano al escribir su obra para los monjes del sur de la Galia. Sus enseñanzas se dirigen a preparar al monje para los asaltos más sutiles y engañosos del Enemigo tentador, quien es el que realmente se encuentra detrás de tantas historias pintorescas acerca de caídas de monjes que pusieron excesiva confianza en su capacidad e inteligencia. Por eso mismo sólo la humildad de Cristo es el único antídoto firme contra este espíritu maligno y contra toda desviación de la verdad. Ella no sólo es fuente del orden interior del corazón sino también del orden de la inteligencia que puede, de este modo, descubrir la verdad tal como es en sí misma y no como su capricho lo desea. Por eso la humildad es garantía de veracidad y objetividad.

No vamos a presentar un estudio del pensamiento de Casiano en las *Instituciones*, sino que vamos a presentar textos, tal como hicimos para san Agustín, lo que permitirá al lector familiarizarse con Casiano y su modo de expresión.

a. El orgullo demoníaco y la gracia

Como siempre afirmó la Iglesia, el pecado del demonio fue el creer que tenía por sí mismo lo que, en realidad había recibido de Dios. Y eso es el corazón mismo de la "herejía" pelagiana: creer que se tiene por naturaleza lo que en realidad es regalo divino, gracia:

2. Podremos aprender cómo evitar el veneno tan peligroso de esta enfermedad (el orgullo), si buscamos las causas y el origen de esa ruinosa caída. Nunca podrán curarse las enfermedades ni podrán presentarse remedios a los problemas de la salud, si no se investigan primeramente con profundo estudio sus orígenes y causas.

Este ángel, revestido de claridad divina y brillando por la generosidad de su Creador más que todas las potestades celestiales, creyó obtener por el poder de su naturaleza, no por el don de la munificencia divina, el esplendor de la sabiduría y la belleza de las virtudes con las que la gracia del Creador lo había adornado. Exaltado por esto, como si no tuviera necesidad del auxilio divino para poder perseverar en esta pureza, se consideró semejante a Dios, pretendiendo que como Dios no necesitaba de nadie. Puso su confianza en la capacidad de su libre albedrío, creyendo poder conseguir por ella abundantemente todo lo concerniente a la perfección de la virtud y a la felicidad eterna.

3. Este solo pensamiento fue su primera caída. Y así, abandonado por Dios del que creía no tener necesidad, de repente se volvió inestable y vacilante, sintió la flaqueza de su propia naturaleza y perdió la bienaventuranza de la que gozaba como regalo de Dios. Como amó con predilección “las palabras de perdición” (Sal 51[52],6) que le hacían decir: “subiré al cielo” (Is 14,13), y “la lengua dolosa” (Sal 51[52],6) con la cual dijo de sí mismo: “seré semejante al Altísimo” (Is 14,14), o lo de Adán y Eva: “serán como dioses” (Gn 3,5), “por esta razón Dios lo destruirá para siempre, lo arrancará y lo sacará de su tienda, y lo desarraigará de la tierra de los vivientes” (Sal 51[52],7). Entonces “los justos temerán y se reirán de él” (Sal 51[52],8) al ver su ruina. Esto se dirige con justicia también a los que confían poder conseguir el Sumo Bien sin la protección y el auxilio de Dios: “He aquí el hombre que no contó con el favor de Dios, sino que puso su esperanza en sus muchas riquezas y se engrió con su vanidad (Sal 51[52],9; Inst. XII,4,2-3).

Este pasaje bastaría para ubicar a Casiano en la más plena ortodoxia acerca de la gracia. Sin embargo su mayor aporte fue señalar que el error no se debe a un fallo del intelecto sino del corazón, engréido por la soberbia.

b. La humildad y el *auxilium Dei*

El siguiente pasaje revela otra conexión interna en el pensamien-

to de Casiano. Su insistencia acerca de la oración continua no es debida únicamente a una preocupación ascética. En la *Colación X*, en la que elige como oración perpetua para el monje el texto del *Sal 69: Dios mío ven en mi auxilio (=gracia), Señor, date prisa en socorrerme*, el verdadero problema latente es, en realidad, una adecuada ubicación ante el misterio de la gracia y el libre arbitrio.

Así, pues, se comprueba claramente por los ejemplos y testimonios de las Escrituras que la soberbia, aunque sea el último de los vicios en el orden del combate, sin embargo por su origen es el primero de todos los pecados y el principio de todos los crímenes. Ella no destruye solamente, como los otros vicios, la virtud contraria –en este caso la humildad–, sino que mata al mismo tiempo todas las demás virtudes y no tienta sólo a los mediocres y débiles, sino sobre todo a los que están en la cumbre de la fortaleza. Por ello el profeta menciona el espíritu de orgullo en estos términos: “Y sus manjares son succulentos” (Ha 1,16[LXX]).

2. *Es por esto que el bienaventurado David, aunque guardaba lo oculto de su corazón con tan gran cuidado, que clamaba con audacia a Aquel a quien no se le ocultan los secretos de la conciencia: “Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros, ni anduve en grandezas y en maravillas que me superan; sino que he sentido humildemente...” (Sal 130[131],1s), y otra vez: “El orgulloso no habitará en mi casa” (Sal 100[101],7), sabiendo sin embargo cuán difícil es esta vigilancia, aun para los perfectos, no presume de su esfuerzo, sino que implora el auxilio de Dios para poder huir ileso del dardo del enemigo, diciendo: “Que no me toque el pie del orgulloso” (Sal 35[36],12), temeroso y espantado de que le pudiera suceder lo que se dice de los soberbios: “Dios resiste a los soberbios” (St 4,6), y de nuevo: “El que exalta su corazón, es impuro ante Dios” (Pr 16,5[LXX]; Inst .XII, 6).*

c. La desconfianza del auxilio divino, base de todo desorden del alma

Otra dimensión del problema de la gracia como drama del corazón del hombre es la desconfianza. Casiano vuelve a la fuente paulina que identifica la fe ya no con una disposición propia y personal a conducirse por sí mismo, sino con una apertura confiada al obrar de Dios en el hombre.

Este orgullo que llamamos carnal, se apodera del alma del monje, cuando el comienzo de su renuncia al mundo fue tibio y sin fuerza, y no le permite descender de la antigua arrogancia del siglo a la verdadera humildad de Cristo. En primer lugar, este orgullo lo torna desobediente y áspero; luego no soporta que sea

manso y afable; tampoco le deja ser igual a los otros hermanos, ni le permite despojarse y desprenderse de sus bienes terrenos, según el mandamiento de nuestro Dios y Salvador (ver Mt 19,21). El renunciamiento no es sino una señal de la muerte a sí mismo y de la cruz, y no puede empezar a construirse sobre otros cimientos que el de saber que se ha muerto no sólo espiritualmente a las cosas de este mundo, sino que también considere que cada día se puede morir corporalmente. El orgullo, por el contrario, le hace esperar una vida larga, le hace imaginar muchas y largas enfermedades, le causa confusión y vergüenza, si al haber dejado todo, comienza a ser mantenido por los bienes ajenos, no por los propios. Lo persuade de que es mucho mejor procurarse alimentos y vestidos con su propia hacienda y no con la ajena, según aquella palabra de la que ni siquiera pueden tener una idea, como se dijo, aquellos que han sido debilitados por el embotamiento y la tibieza del corazón: “Hay más felicidad en dar que en recibir (Hch 20,35; Inst. XII, 25).

d. La gracia inspira y consuma toda obra buena del monje

Detrás de la lucha contra el orgullo Casiano visualiza el verdadero problema de la gracia: habiendo obrado bien, ¿a quién se debe atribuir el mérito y la verdadera causa? No se trata de una observación empírica sino de una actitud del corazón del hombre humilde.

Según sus tradiciones e instituciones, debemos apresurarnos hacia la perfección y aplicarnos a los ayunos, vigiliias, oraciones, contrición del corazón y penitencia corporal, sin echar a perder todos estos esfuerzos por la hinchazón del orgullo. Pues no basta creer que no podemos poseer la perfección misma por medio de nuestra habilidad y nuestro esfuerzo; sino que también hay que saber que no podemos practicar todos los medios que utilizamos para obtenerla, es decir, trabajos, esfuerzos y aplicación, sin el auxilio de la divina protección y sin la gracia que nos inspira, nos reprende y nos exhorta, y que Dios infunde con clemencia en nuestros corazones, sea por sí mismo, sea por otra persona (Inst. XII, 16).

La respuesta que la humildad da al tema de la gracia no sólo se refiere a la actitud ante Dios sino también ante los hermanos. Quien profesa que la gracia le viene de Dios, pero desprecia a sus hermanos, está engañándose a sí mismo.

Cuando nos hayamos afirmado en esta disposición, se producirá un estado de humildad verdaderamente apacible y estable, de modo que, considerándonos

inferiores a todos, sufriremos con gran paciencia todo lo que nos fuere imputado, aunque sean cosas injuriosas, amargas o penosas, estimando que nos vienen de personas superiores a nosotros. Estas contrariedades no sólo las toleraremos muy fácilmente, sino que las tendremos por pequeñas y sin ninguna importancia, si siempre guardamos presente en nuestro espíritu la Pasión de nuestro Señor Jesucristo y de todos los santos, considerando que somos heridos por injurias tanto más leves, cuanto más lejos estamos de sus méritos y de su modo de vivir, y pensando que dentro de poco tiempo saldremos de este mundo y compartiremos con ellos sus bienes, en cuanto se acabe esta vida (Inst. XII, 33).

e. El auxilio de Dios y la caridad fraterna

El repliegue que produce el orgullo al hacer pensar al monje que algo de su obrar se debe a sí mismo lleva a que también rechace a los ancianos, superiores y hermanos, considerando su presencia sin ningún significado para su vida. Dejan de ser instrumentos del auxilio de Dios, de su gracia, para ser fuente de molestia y estorbo. Es entonces cuando suele presentarse la acedia viciosa y el abandono de Dios que, como último recurso medicinal, hace experimentar al monje su incapacidad para luchar con sus solas fuerzas.

Endurecida por semejantes pasiones, y habiendo comenzado con una tibieza detestable, es inevitable que el alma vaya empeorando cada día, y que termine lo que le queda de vida con un fin aún más vergonzoso, mientras se deleita en sus concupiscencias de antaño y está atrapada por una avaricia que el Apóstol declara sacrílega, cuando dice de ella “que es una idolatría” (Col 3,5), y de nuevo: “La avaricia es la raíz de todos los males” (1 Tm 6,10). Nunca podrá guardar en su corazón la sencilla y verdadera humildad de Cristo, mientras se enorgullezca de su noble linaje o se vanaglorie de la dignidad que gozaba en el mundo, abandonado por él no de corazón, sino solo corporalmente, o se ensalce por sus riquezas que conserva para su perdición.

2. *Ya no puede soportar el yugo del monasterio ni ser formado en la disciplina de ningún anciano. No sólo no se digna guardar ninguna regla de sujeción y de obediencia, sino que tampoco admite con sus oídos la enseñanza de la perfección. Tanto va creciendo en su corazón el disgusto por una palabra espiritual, que si tal vez alguien se pone a dar una conferencia espiritual, su mirada no puede fijarse en un lugar, como es la costumbre, sino que su vista aturdida da vueltas de aquí para allá, y sus ojos miran de reojo.*

3. *En vez de suspiros saludables carraspea con la garganta seca y provoca flemas sin necesidad; juega con los dedos, y lo mismo que un copista los mueve como si pintara. Todos sus miembros se mueven de aquí para allá, y mientras dura la conferencia espiritual, parece que está sentado sobre gusanos que hormiguean o sobre un palo puntiagudo. Una sencilla conferencia, dada para edificación de los oyentes, él piensa que se ha dicho para burlarse de él.*

4. *Durante todo el tiempo que se prolonga este examen de vida espiritual, ocupado en sus sospechas, no busca lo que puede hacerlo progresar, sino que trata de penetrar solícitamente las causas por las cuales se dijo esto o aquello, o conjetura calladamente, con el corazón agitado, lo que les pueda replicar. De esta manera, no capta en absoluto nada de lo que se dijo provechosamente, ni tampoco puede corregirse. Así la conferencia espiritual no sólo no le es de provecho, sino que lo perjudica y se convierte para él en causa de pecados aún más graves.*

5. *Mientras según su propia conciencia sospecha que todo ha sido dicho contra él, se endurece su corazón con una obstinación más violenta, y el aguijón de la ira lo hiere más cruelmente. Después levanta la voz, su palabra es dura, amarga y aparatosa es su respuesta; camina erguido y agitado; tiene la lengua fácil, su lenguaje es insolente y nunca amigo del silencio, salvo cuando ha concebido en su corazón un rencor contra un hermano. Entonces su silencio no es señal de compunción y de humildad, sino de soberbia e indignación, de manera que es difícil discernir lo que es más detestable en él: si la alegría expansiva y descarada, o la seriedad temible y virulenta.*

6. *En el primer caso su palabra es inoportuna; su risa, frívola e insensata; desenfrenada e indisciplinada la exaltación de su corazón. En el segundo caso se percibe la ira en un silencio total y virulento, cuyo fin es poder conservar solamente más tiempo, callándose, el rencor hacia el hermano, en vez de mostrar la virtud de la humildad y la paciencia.*

Y mientras al monje lo posea ese tumor, fácilmente contristaré a todos, y rehusará someterse al hermano ofendido con el fin de concederle una satisfacción. También rechaza y desprecia la que el hermano le ofrece; y no solamente no se arrepiente ni se pacifica por la satisfacción que le ha dado el hermano, sino que se indigna más gravemente, porque éste se le ha adelantado en la humildad. Y así sucede que la saludable humildad y satisfacción, que suele poner fin a las intenciones sugeridas por el diablo, se le torna causa de un incendio más violento (Inst. XII, 27).

8. Conclusión

Podríamos continuar multiplicando los textos ya no sólo de esta Institución XII sino de otras que pueden brindarnos tanto conceptos como realidades muy concretas en las que Casiano plasma la doctrina de la gracia de la Iglesia. Es más, podría decirse que la fundamentación que hace de la vida monástica reposa sobre una concepción muy firme y segura sobre la gracia.

Finalmente el objetivo de esta presentación de las ideas de Agustín como de Casiano no es introducir al lector en la disputa del siglo V sobre la gracia, sino ponerlo ante dos grandes genios de la Iglesia de Occidente que iluminaron a los cristianos acerca de aquella vida que se había iniciado con el bautismo y por la que el hombre fue “hecho partícipe de la naturaleza divina” (2 P 1,4).

TEXTO

Colación XIII Tercera conferencia del abba Queremón De la protección de Dios¹⁰

Capítulos

I - Introducción

II - Pregunta: ¿Por qué no atribuir el mérito de la virtud al celo de aquel que la practica?

III - Respuesta: No es solamente la perfección de la castidad la que no puede existir sin el auxilio de Dios, sino ningún bien en absoluto.

IV - Objeción: Los paganos guardaron –se dice- la castidad.

¹⁰ Utilizamos la edición crítica realizada por Dom E. Piche'ry en JEAN CASSIEN, *Conférences VIII-XVII*, Paris 1958 (Sources Chrétiennes 54) 147-181.

¿Cómo pudieron hacerlo sin la gracia de Dios?.

V - Respuesta concerniente a la supuesta castidad de los filósofos.

VI - Que sin la gracia de Dios no podemos concretar ningún esfuerzo.

VII - Del designio primordial de Dios y su providencia cotidiana.

VIII - La gracia de Dios y el libre arbitrio.

IX - ¿Cuál es la virtud de nuestra buena voluntad y cuál la gracia de Dios?.

X - De la fragilidad del libre arbitrio.

XI - ¿La gracia de Dios precede o sigue a nuestra buena voluntad?.

XII - La buena voluntad no debe atribuirse siempre a la gracia, ni siempre al hombre.

XIII - Los esfuerzos humanos no pueden igualarse con la gracia de Dios.

XIV - En las tentaciones que nos envía, Dios se propone poner a prueba la fuerza de la libertad humana.

XV - De la gracia multiforme de las vocaciones.

XVI - Que la gracia de Dios sobrepasa los estrechos límites de la fe humana.

XVII - De la providencia insondable de Dios.

XVIII - Los Padres han establecido el principio de que el libre arbitrio no es capaz de salvarnos.

I. Luego de haber disfrutado de algunos instantes de sueño regresamos para la *synaxis* de la mañana y esperamos al anciano.

Abba Germán estaba intranquilo, con una seria preocupación. El encuentro precedente había suscitado en nosotros un deseo extremo de castidad desconocido hasta entonces. Pero una sola palabra del bendito anciano parecía reducir a la nada el mérito del esfuerzo humano, al asegurar que el hombre, cualquiera fuese la energía con que tendiese al bien, no llegaría a cosechar el fruto, no podría obtenerlo sino de la generosidad divina y no de su trabajo ni de sus esfuerzos.

Confundidos por la emoción, revolvíamos este problema en todos los sentidos, cuando abba Queremón, saliendo de su celda se percató de nuestros conciliábulos. Celebró más brevemente que de costumbre los salmos y oraciones y luego nos preguntó qué nos preocupaba.

II. Ante lo sublime de la virtud sin par que el encuentro de la noche nos ha revelado –dijo entonces Germán– nos sentimos como impedidos de creerlo. Más aún, y que esto no os disguste, nos parece absurdo no atribuir especialmente la perfección de la castidad, que el hombre adquiere a fuerza de perseverante trabajo y que sería el resultado de sus esfuerzos, al celo de aquel que se esmera de tal forma. Si por ejemplo, viéramos a un labrador dedicarse sin descanso al cultivo de su tierra, sería irracional no reconocerlo en el momento de la cosecha¹¹.

¹¹ Así es presentado el problema que será el tema de esta *Conferencia*: la relación de la gracia y el libre arbitrio. Problema de actualidad a comienzos del siglo V y sobre el cual Agustín contra Pelagio y sus partidarios había tomado posición tan fuerte que algunos católicos de las Galias se negaban a seguirlo (ver por ejemplo las *Responsiones* de Próspero, el capítulo *Objetionum Vincentianorum* P L 51, 177-186). Los espíritus (sobre todo los de los monjes) quedaron lo suficientemente perturbados como para que Casiano, el otro “líder” de la Iglesia de Occidente después de San Agustín, se sintiera obligado a intervenir para esclarecer a los monjes que le habían sido confiados. No es la primera vez que él trata las relaciones entre la gracia y la libertad, ya lo había hecho en el libro XII de las *Instituciones* y en la tercera de las *Colaciones* y en términos perfectamente ortodoxos (sostenía en especial que la gracia es necesaria no sólo para la concreción sino también para el comienzo de toda buena obra). Sin embargo el problema no había sido todavía tratado en forma sistemática como aquí. Se verá fácilmente cómo la enseñanza de esta *Conferencia* es mucho menos satisfactoria que las notas más “prácticas” y “psicológicas” de sus dos otras exposiciones. De una página a la otra se ve sostener al autor posiciones contradictorias impedido de conciliarlas en una síntesis más extensa. La tradición y aun sus contemporáneos se lo han reprochado. Fue preciso esperar el siglo XVII para que fuera calificado de “semi-pelagiano” (Cf. E. Amann, en DTC, T. XIV (1941) col. 1796). Ya en 529 el concilio de Orange (Cf. Mansi, T. VIII, 712B-718C) condenaba el error de los “Marselleses”, canonizando así las críticas hechas contra la *Conferencia* XIII en vida de

III. Queremón: El ejemplo mismo que ustedes aportan, prueba con toda evidencia que el trabajo de aquel que se esfuerza no sirve de nada sin el auxilio de Dios (*sine adiutorio Dei*). Aun después de haber dedicado todo su esfuerzo en sacar provecho de su tierra, el labrador no podrá atribuir a su actividad personal la abundancia de la recolección, ni la riqueza de la cosecha. ¡Tan frecuentemente ha experimentado lo vano de sus esfuerzos! Pero las lluvias oportunas y un cielo severo y calmo son además necesarios. Cuántas veces habremos sido testigos de esto: los sembradíos crecidos y llegados a perfecta madurez eran arrancados, por decirlo así, de sus manos que ya los tenían, y los trabajos más perseverantes quedaban sin resultado porque el auxilio del Señor había faltado para llevarlo a buen término.

A los labradores perezosos, cuyo arado no trabaja con frecuencia la tierra de cultivo, la bondad divina no le concederá cosechas abundantes.

Pero aun para aquellos que se esmeran, su solicitud no resultará de mayor provecho aunque prolongaran su labor durante las noches, si la misericordia de Dios no la hace prosperar.

Y hasta en caso de éxito, que el hombre en su orgullo no caiga en la pretensión de igualar a la gracia o incluso pretenda competir con ella. Que no trate de reivindicar su parte en los favores del Señor, como si su labor fuese merecedora de sus divinos dones o como si pudiera gloriarse de que la abundancia de sus cosechas responda al mérito de su celo. Más bien que se observe y se examine con sinceridad. Los esfuerzos mismos tan intensos a los que se sometió para obtener grandes riquezas, su vigor mismo, ¿le habrían permitido lograrlo si no hubiera sido sostenido por la protección de Dios y su misericordia, como para poder entregarse a los trabajos del campo? Más aún, la voluntad, la energía personal, hubieran resultado ineficaces si no hubiera sido por la divina clemencia que le procuró la posibilidad de conducir a término una labor a menudo arruinada por la sequía o las excesivas lluvias.

su autor por un partidario de san Agustín, Próspero de Aquitania, en su *Contra Collatorem*.

Sea cual fuera el valor de las objeciones de Próspero (cf. el severo juicio de O. Chadwick: "Atribuye a Casiano cosas que Casiano no ha enseñado", en *John Cassian*, pág. 135), permanece cierto que Casiano expresa muchos planteos cuya doctrina es inadmisibles y que a la síntesis teológica que propone aquí le falta por lo menos vigor y solidez. No debemos perder de vista que Casiano escribe para monjes ajenos a toda especulación teológica y sólo preocupados en conciliar sus esfuerzos ascéticos y el abandono a la gracia de Dios.

La fuerza de los bueyes, la salud, el éxito de los trabajos, la prosperidad en las empresas: todo es dado gratuitamente por el Señor. Y así es preciso rogar, temiendo que, como está escrito: “el cielo se vuelva de bronce y la tierra de hierro, que la langosta coma los restos que dejó la oruga, el gusano los restos que dejó la langosta y el parásito reduzca a polvo los restos del gusano” (cf. *Dt* 28, 23; *Jl* 1, 4-5).

Y ahí no termina la necesidad que tiene el buen labrador del socorro divino. Deberá contar con los accidentes imprevistos, por los cuales aunque la tierra se cubriese en demasía de frutos opulentos, sus esperanzas pueden verse defraudadas, su espera resultar vana y, diría aún más, ya recogido el grano y acopiado en parvas o en graneros, puede todavía verse frustrado.

La conclusión manifiesta de todo esto es que el principio de los actos buenos así como de los buenos pensamientos está en Dios, que nos inspira desde el comienzo con la buena voluntad y nos da todavía la fuerza y el momento favorable para realizar nuestros deseos santos¹². “Todo don de excelencia, toda gracia perfecta proviene de lo alto y desciende del Padre de las luces” que comienza, continúa y consume todo bien.

Aquel que da la semilla al sembrador –dice el Apóstol– le proveerá también el pan para su alimento, multiplicará su semilla y hará crecer los frutos de su justicia.

Nos corresponde a nosotros seguir humildemente el llamado cotidiano de la gracia o resistirla: *Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos (Hch 7, 51)* según palabras de las Sagradas Escrituras, y de oír también al Señor decirnos por boca de Jeremías: ¿Es que los que caen no se levantan? Y si uno se extraviara ¿no cabe tornar? ¿Por qué este pueblo de Jerusalén sigue apostatando, con apostasía perpetua? Se aferran a la mentira, rehúsan convertirse (*Jr* 8, 4-6).

IV. Germán. No podemos en absoluto desaprobamos vuestra opinión como contraria a la piedad. Sin embargo pareciera tener en contra suyo que tiende a destruir nuestra libertad. Así es como vemos en cantidad de paganos, que no merecen ciertamente la gracia del divino auxilio, virtudes tales como la frugalidad, la paciencia y aquello más maravilloso aún, la castidad. ¿Y cómo creer que estas virtudes les hayan sido concedidas por un don de Dios que habría conquistado el libre arbitrio de su voluntad? ¿No se dice acaso que los sectarios de la sabiduría mundana,

¹² San Próspero califica con justicia este modo de pensar como propiamente “católico”.

ignorantes como lo eran no sólo de la gracia sino más aún del verdadero Dios, poseyeron la pura flor de la castidad en virtud de sus propios esfuerzos y es así como nos lo han enseñado las lecturas y los relatos de muchos?

V. Queremón. No me disgusta que el amor extremo por la verdad que arde en ustedes les haga apresurar en cosas tan difíciles. Gracias a vuestra objeción, la fe católica aparecerá mejor cimentada y, si así puedo decirlo, más verdadera.

¿Podría un sabio haber aseverado cosas tan opuestas? ¡Ayer mismo ustedes afirmaban que la pureza celestial de la castidad no podría ser compartida por un mortal ni con la gracia de Dios, y hoy ustedes creen que los paganos mismos la han poseído por su propia virtud!

Mas es el deseo de llegar al fondo de la verdad, como ya he dicho, lo que sin duda alguna les inspira esta objeción. Quieran ahora escuchar mi pensamiento al respecto.

Ante todo debemos saber que los filósofos nunca llegaron a la castidad del alma que nos es exigida a nosotros. Pensemos en todo aquello que se nos añade: no es sólo la fornicación, es la impureza misma la que no debe nombrarse entre nosotros. Ellos tuvieron una cierta castidad parcial, es decir una continencia de la carne que consistía en reprimir solamente la pasión voluptuosa de la unión sexual. En cuanto a la pureza interior del alma, o la pureza constante del cuerpo, no han podido, diría yo, obtenerla realmente, sino tan sólo tener una idea de ella.

En síntesis, el más famoso de entre ellos, Sócrates, no se avergonzó en confesar por su cuenta, cómo se glorían de ello. Un día un “fisonomista” se detuvo mirándolo y le dijo: “Aquí tienen los ojos de un corruptor de niños”. De inmediato sus discípulos querían arrojarse sobre el insolente y vengar el ultraje sufrido por su maestro. Pero él –se dice– contuvo su indignación con estas simples palabras: “Cálmense, amigos míos, yo soy lo que él dice, pero me contengo”.

Así está bien claro, no es que lo afirmemos sólo nosotros, lo confiesan ellos mismos: se contienen solamente de consumir sus pasiones haciéndose violencia para ello, pero el mal deseo y la voluptuosidad del vicio no son desterrados absolutamente de su corazón.

¿Podríamos recordar, sin estremecernos, estas palabras de Diógenes? Es lo que los filósofos de este mundo no se han avergonzado de publicar como un hecho digno de recordar. Nosotros no podemos repetirlo ni oírlo sin enrojecer. Un hombre iba a ser castigado por crimen de adulterio. Diógenes –según se cuenta– comentó al respecto: “No compren con sus vidas aquello que se da gratis”. Los hechos lo demuestran.

Ellos no tuvieron siquiera la noción de la verdadera castidad que se nos pide a nosotros. Y se comprueba así que nuestra circuncisión, espiritual como lo es, no se adquiere sino por el don de Dios y se encuentra únicamente en aquellos que le sirven con toda contrición de espíritu.

VI. En muchas cosas, y mejor dicho en todas, el hombre necesita sin cesar del auxilio divino. Esto podría demostrarse fácilmente. La fragilidad humana (*humanam fragilitatem*) no puede lograr (*perficere*) nada en lo que concierne a la salvación por sí misma y sin la ayuda de Dios (*sine adiutorio Dei*)¹³.

Pero esta verdad no aparece en ninguna parte más evidente que cuando se trata de adquirir o conservar la castidad. Diferiremos por un instante el exponer cuán difícil es su integridad, trataremos brevemente, entre tanto, los medios que conducen a ella. ¿Quién, les pregunto, así su fervor sea grande, será de la talla que pueda soportar el horror de la soledad y contentarse con pan seco como alimento cotidiano aun teniendo con qué satisfacer su apetito, es decir, por sus propias fuerzas y sin el sostén de las alabanzas humanas? ¿Quién podría sin ser consolado por el Señor soportar una sed cotidiana, sustraer a sus ojos de hombre el dulce y delicioso sueño matinal y determinar como ley perpetua que su reposo no sobrepasará nunca el límite de las cuatro horas? ¿Quién sería capaz, sin la gracia divina, de una constante aplicación a la lectura y de trabajar asiduamente en algo tan poco provechoso para los intereses del mundo? Hay tantas cosas que nos es imposible al menos desearlas perseverantemente sin la inspiración de Dios, como lograrlas sin su ayuda. Las lecciones que da la experiencia y que podemos verificar por nosotros mismos y ciertos indicios y pruebas harán más manifiesta esta verdad.

Repetidas veces nos sucede que deseamos realizar algún proyecto útil, no falta nada, lo deseamos ardientemente y tampoco falta una perfecta buena voluntad. Sin embargo ¿no es cierto que cualquier debilidad (*fragilitas*) que nos acometa hacen inútiles las metas que nos habíamos propuesto e impide el buen logro de nuestras resoluciones, si el Señor en

¹³ Casiano dice: *perficere* que puede traducirse como “terminar completamente, acabar” o “realizar”. Gazet, tan indulgente habitualmente, lo comprende en el primer sentido y desde ese momento califica a Casiano de semi-pelagianismo (decir que el hombre no puede acabar por sí mismo podría hacer entender como que puede al menos comenzar (PL; cf. 49, 906-7). Hemos preferido el segundo sentido, ya que Próspero, tan puntilloso en general, no ha encontrado nada que reprochar en este capítulo (*Contra Coll.* 2, 2).

su misericordia no nos da la fuerza (*virtus Domini*) para realizarlas? Es innumerable la cantidad de los que desean lealmente consagrarse a la búsqueda de la virtud pero, si ustedes cuentan a quienes que logran realizar su sueño y perseveran en sus esfuerzos, ¡qué pocos encontrarán! Y no lo he dicho todo. Aun cuando ningún desfallecimiento se nos presente como obstáculo, no tenemos la libertad total de realizar todo lo que queremos: no somos estrictos como quisiéramos en el silencio del retiro, ni en la rigurosa observancia de nuestros ayunos, ni en la asiduidad de la lectura; en el momento en que podríamos hacerlo, se presentan ciertas ocasiones que nos alejan, a pesar nuestro, de nuestras saludables prácticas, tanto que es preciso implorar del Señor nos dé los momentos y lugares favorables para consagrarnos a ello.

En efecto, el poder hacerlo no es suficiente, es preciso que Él nos conceda la ocasión propicia para poder cumplir aquellas cosas que nos son manifiestamente posibles. Dice el Apóstol al respecto: *Intentamos ir a su encuentro una y otra vez, pero Satán nos lo impidió* (cf. 1 Ts 2, 18).

Y aún más, a veces es por nuestro bien por lo que nos sentimos alejados de nuestros ejercicios espirituales. Cuando el impulso de nuestra jornada se encuentra, a pesar nuestro, trabado y nos permitimos conceder algo a la debilidad de la carne, estamos llamados, aun sin proponérselo, a una saludable perseverancia. El santo Apóstol nos dice algo parecido concerniente a la conducta divina. *Por tercera vez –dice– rogué al Señor que ese ángel de Satán se apartara de mí* (cf. 2 Co 12, 8-9) y Él me respondió: *Mi gracia te basta porque es en la flaqueza (in infirmitate) donde mi fuerza se muestra perfecta* (2 Co 12, 8-9) y concluye: *Nosotros no sabemos cómo pedir, ni orar como conviene* (Rm 8,26).

VII. Dios no ha creado al hombre para su perdición sino para que viva eternamente: su designio permanece inmutable. Desde el momento en que ve brillar en nosotros la más mínima chispa de buena voluntad o que Él mismo la hace surgir de la dura piedra de nuestro corazón, su bondad la cuida atentamente, la estimula y la fortalece con su inspiración. Porque: *Él quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm 2,4).

Es voluntad de nuestro Padre que está en los cielos –dice el Señor– que no se pierda uno solo de estos pequeños (Mt 18,14). Y además está escrito: *Dios no quiere que ningún alma se pierda, difiere la ejecución de su sentencia a fin de que aquel que hubiera sido rechazado no se pierda para siempre*. Dios es veraz, no miente cuando afirma con juramento: *Por mi vida que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta de su conducta*

y viva (Ez 33,11).

Es su voluntad que no se pierda ninguno de sus pequeños. ¿Puede pensarse entonces, sin caer en enorme sacrilegio, que no quiere la salvación de todos en general, sino sólo la de algunos? Quien sea que se pierda lo hará por su propia voluntad. Cada día les repite: *Convertíos, convertíos de vuestra mala conducta y ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?* (Ez 33, 11). Y otra vez más: *Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas y no habéis querido* (Mt 23, 37) o bien: *¿Por qué este pueblo de Jerusalén sigue apostatando, con apostasía perpetua? Se aferran a la mentira, rehúsan convertirse* (Jr 8,5).

La gracia de Cristo (*Christi gratia*) está, por consiguiente, siempre a nuestra disposición. Como *Él quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm 2,4), los llama a todos sin excepción. *Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados y yo os daré descanso* (Mt 11,28). Si no llamara a todos los hombres en general, sino sólo a algunos, supondría que no todos están sobrecargados, ya sea por el pecado original o por el pecado actual. Y estas palabras no serían justas: *Porque todos han pecado y están privados de la gloria de Dios* (Mt 11, 28). Se equivocarían también si pensaran que la muerte ha alcanzado a todos los hombres (*Rm* 5, 12). Y tan cierto es, que todos aquellos que se pierden lo hacen contra el deseo de Dios. Y para mostrar que no es el autor de la muerte misma dice la Escritura: *Que no fue Dios quien hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes* (*Sb* 1,13).

De ahí viene que muy a menudo cuando pedimos cosas perjudiciales en lugar de aquello que nos sería de provecho, Él demore en acceder a nuestros ruegos o incluso no responda en absoluto a ellos. Contrariamente, cuando es para nuestro bien, su bondad consiente en imponernos (*inferre*), a pesar de toda nuestra resistencia, aquello que consideramos desfavorable, tal como lo haría el mejor de los médicos.

A veces demora o impide el detestable efecto de nuestras malas inclinaciones y de nuestras tentativas mortales. Nos apresuramos hacia la muerte, Él nos aparta para conducirnos a la vida, nos arranca, sin nosotros saberlo, de las fauces del infierno.

VIII. Dios mismo pinta de maravillas por boca del profeta Oseas, el esmero de su Providencia con respecto a nosotros. Lo hace bajo la imagen de una Jerusalén infiel que se encamina, en fatal apresuramiento, al culto de los ídolos. Dice ella: *Me iré detrás de mis amantes, los que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mis bebidas* (*Os* 2,7). Y la bondad divina le responde, más preocupada por su salvación que por satisfacer

sus caprichos: *Por eso, yo cerraré su camino con espinos, la cercaré con seto y no encontrará más sus senderos; perseguirá a sus amantes y no los alcanzará, los buscará y no los hallará, entonces dirá: Voy a volver a mi primer marido, que entonces me iba mejor que ahora (Os 2, 8-9).* Y luego describe, en la comparación siguiente, la obstinación y el desprecio con los que nuestra alma rebelde lo desdigna, cuando Él nos invita a un regreso saludable; *Padre me llamaréis, de mi seguimiento no os volveréis. Pues bien, como engaña una mujer a su compañero, así me ha engañado la casa de Israel (Jr 3, 19-20).*

Luego, habiendo comparado Jerusalén con la esposa adúltera que abandona a su marido, se compara a sí mismo, con toda justicia, en su amor y bondad perseverantes, al hombre perdidamente enamorado. La ternura y el afecto de los que da prueba sin cesar al género humano, no podrían expresarse más felizmente con otra comparación.

¡Cómo no se deja vencer por nuestras ofensas! No se ve que por ellas abandone el cuidado de nuestra salvación, ni se lo ve volver atrás de su primer designio, obligado en cierta forma a retroceder ante nuestras iniquidades. Tal como el hombre que ama a una mujer con amor ardiente: cuando se siente más agobiado por el desdén y el desprecio, más vehementemente es el celo que lo quema.

La protección divina no se separa de nosotros. Tan grande es la ternura del Creador por su criatura, que su Providencia no queda satisfecha con acompañarnos, nos precede siempre. El profeta que lo había experimentado, lo atestigua abiertamente: *La misericordia de mi Dios vendrá a mi encuentro (Sal 58, 11).* En cuanto Él percibe en nosotros un comienzo de buena voluntad, derrama de inmediato sobre nosotros su luz y su fuerza, nos incita a la salvación, haciendo crecer el germen que sembró Él mismo o que ve surgir desde abajo por nuestro esfuerzo¹⁴. *Antes que me llamen yo responderé, aún estarán pidiendo y yo les escucharé (Is 65, 24).* Y también ha sido dicho: *Al oír tu llamado, tan pronto como a Él le llegue, te responderá. (Is 30, 19).* Y no sólo nos inspirará deseos santos sino que nos preparará las ocasiones de volver a la vida, las circunstancias favorables para cosechar buenos frutos, y mostrará a aquellos que se han extraviado el camino recto de la salvación.

¹⁴ Se podría, destaca Próspero, entender esta propuesta de un comienzo de buena voluntad cuyo principio ha sido puesto en el hombre por Dios y que no le sería atribuido al hombre más que porque ha recibido de la gracia el poder de producirla (C. 2, 3). Pero más adelante lo reprocha sin vueltas.

IX. Pero he aquí un punto donde la razón humana se confunde. El Señor da a quien le pide: *Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, el que busca halla y al que llama se le abrirá* (Mt 7, 7) Y por otra parte es encontrado por almas que no lo buscan, aparece en forma visible en medio de gentes que no lo pedían, sucede todo el tiempo que tiende sus manos hacia un pueblo incrédulo y rebelde.

Llama a algunas almas que le resisten y se mantienen lejos suyo, se manifiesta a quienes no preguntan por Él, atrae a otras hacia la salvación a pesar suyo.

Hay quienes quieren pecar y les sustrae los medios para realizar su deseo, otros que se precipitan al mal y Él se pone en su bondad como obstáculo en su camino¹⁵.

Y hay más enigmas. Se atribuye al libre arbitrio la realización de toda obra de salvación al decir: *Si aceptáis obedecer, lo bueno de la tierra comeréis* (Is 1, 10) pero a continuación se dice: *No se trata de querer o de correr sino de que Dios tenga misericordia* (Rm 2,6). También: *Es Dios quien obra en nosotros el querer y el obrar, como bien le parece* (Flp 2, 13) e igualmente leemos: *Eso no viene de ustedes sino que es don de Dios, tampoco viene de nuestras obras, para que nadie se gloríe* (Ef 2, 8-9). Y por una parte: *Aproxímense a Dios y Él se aproximará a ustedes* (St 4,8) y por la otra: *Nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no lo atrae* (Jn 6, 44). Y: *Tantea bien el sendero de tus pies y sean firmes todos tus caminos mientras que en nuestras plegarias decimos: Guíame, Señor, en tu Presencia* (Sal 5, 9) y *Ajusta mis pasos por tus sendas, no vacilen mis pies* (Ez 18, 31). Por un lado se nos advierte: *Haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo* (Ez 11, 19-20) Y se nos hace esta promesa: *Yo les daré un solo corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo; quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne para que caminen según mis preceptos y observen mis normas* (Ez 11, 19-20). Y el Señor nos intima con este mandato: *Limpia de malicia tu corazón, Jerusalén, para que seas salva* (Jr 4, 14). Mientras que el profeta le pide eso mismo que Él nos ordena: *Crea en mí, oh Dios un corazón puro; Lávame y quedaré más blanco que la nieve* (Sal 50, 12 y 9). Se nos dice: *Sembrad en vosotros simiente de justicia* (Os 10, 12) y luego: *El Señor que el saber al hombre enseña* (Sal 93, 10) y *Yahvé abre los ojos a los ciegos* (Sal 145, 8). Y nosotros mismos pedimos con el profeta: *Ilumina mis ojos, no me duerma jamás en la muerte* (Sal 12, 4).

¹⁵En la doble serie de textos que siguen existe una aparente oposición. Casiano extraerá dos conclusiones: 1º) Que nuestra libertad subsiste al lado de la gracia y nada es más justo. 2º) Que el hombre puede a veces elevarse por sí mismo al deseo de la virtud y este es el error semi-pelagiano.

¿Qué conclusión sacar sino la de que todos estos textos proclaman a la vez tanto la gracia de Dios como nuestra libertad? Porque el hombre podrá levantarse a veces por sus propias fuerzas y acceder a su deseo de virtud, pero al mismo tiempo tendrá siempre la necesidad de ser ayudado por el Señor. No gozará de buena salud quien la desee. Nuestros deseos no serán suficientes para evitar la enfermedad. Porque ¿de qué sirve desear la gracia de la salud, si Dios, que nos ha concedido el disfrute de la vida, no nos da también la fuerza y el vigor?

En compensación digamos que, de los dones naturales que la prodigalidad del Señor nos concede, proviene a veces ese comienzo de buena voluntad, que no podría alcanzar la virtud perfecta si el Señor no la encamina. Y para añadir más luz a esta verdad, tenemos el testimonio del Apóstol: *Aun queriendo hacer el bien, es el mal que se me presenta* (Rm 7, 18).

X. La divina Escritura confirma la existencia de nuestro libre arbitrio: *Guarda tu corazón* –nos dice– *por encima de todo cuidado* (Pr 4, 23). Pero el Apóstol manifiesta su debilidad: *La paz del Señor custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús* (Flp 4, 7).

David expresa su virtud cuando dice: *Inclino mi corazón a practicar tus preceptos* (Sal 118, 36) pero muestra también su flaqueza cuando suplica: *Inclina mi corazón hacia tus dictámenes, y no a ganancia injusta* (Sal 118, 36). E igualmente Salomón: *Que incline nuestros corazones hacia Él para que andemos según todos sus caminos y guardemos todos los mandamientos, los decretos y las sentencias que ordenó a nuestros padres* (1 R 8, 58). Es el poder de nuestra libertad lo que destaca el salmista al decir: *Guarda tu lengua del mal y tus labios de decir mentira* (Sal 33, 14), pero nuestra plegaria insiste en nuestra flaqueza, cuando decimos: *Pon, Señor, en mi boca un centinela, un vigía a la puerta de mis labios* (Sal 140, 3).

El Señor proclama el poder de nuestro arbitrio cuando dice: *Sacúdete el polvo, levántate cautiva Jerusalén, líbrate de las ligaduras de tu cerviz, hija de Sión* (Is 52, 2).

Por otra parte el profeta expresa su fragilidad: *Es el Señor quien suelta a los encadenados* (Sal 145,7) y *Eres tú quien ha soltado mis cadenas, te ofreceré un sacrificio en acción de gracias* (Sal 115, 16-17).

Escuchemos el llamado del Señor en el Evangelio a fin de que, por un acto de nuestro propio arbitrio, apresuremos nuestros pasos hacia Él: *Venid a mí los que estáis fatigados y sobrecargados y yo os daré descanso* (Mt 11, 28). Pero el Señor mismo revela también su debilidad al decir: *Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió, no lo atrae* (Jn 6, 44). El Apóstol habla de nuestro libre arbitrio con estas palabras: *Corred de manera de con-*

seguir el premio (1 Co 9, 24), pero san Juan Bautista atestigua su fragilidad diciendo: *Nadie puede recibir nada si no se le ha dado del cielo* (Jn 3, 27). Un profeta nos ordena cuidar nuestra alma con solicitud: *Guardad vuestras almas* (Jr 17, 21). Pero el mismo Espíritu hace decir a otro profeta: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila la guardia* (Sal 126, 1). El Apóstol, escribiendo a los Filipenses, les dice expresando su libertad: *Trabajad con temor y temblor por vuestra salvación* (Flp 2, 12). Pero agrega para hacerles ver su debilidad: *Es Dios quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece* (Flp 2, 13).

XI. La gracia y la libertad se entremezclan, por así decir, y se confunden de manera tan extraña que suscita el debate de muchos por saber cuál de estas dos cosas es la verdadera: si es porque nosotros mostramos un comienzo de buena voluntad que Dios se compadece de nosotros o si es porque Él tiene piedad de nosotros que llegamos a ese comienzo de buena voluntad. Muchos se inclinan a una u otra alternativa y sobrepasándose en sus afirmaciones de la justa medida, caen en errores diferentes y hasta opuestos el uno del otro¹⁶.

Si decimos que el comienzo de la buena voluntad es nuestra ¿cómo fue en el caso de Pablo el perseguidor, de Mateo el publicano? ¿Son llamados a la salvación mientras se complacen, el primero, en la sangre y el suplicio de inocentes, y el segundo en la violencia y la rapiña públicas! Si por lo contrario afirmamos que el comienzo de la buena voluntad es “siempre” debida a la inspiración de la gracia, ¿qué diremos de la fe de Zaqueo y la piedad del ladrón en la cruz, cuyo deseo, haciendo violencia al reino de los cielos, se anticipa al llamado interior divino?

Si por otra parte atribuimos a nuestro libre arbitrio la gloria de conducirnos a la virtud perfecta y al cumplimiento de los mandamientos de Dios, ¿cómo podemos pedir: *Manda, Señor, según el poder que por nosotros desplegaste* (Sal 67, 29) y *Confirma, Señor, las obras de nuestras manos* (Sal 89,17)?

Balaam fue comprado para maldecir a Israel, pero no le fue permitido cumplir su deseo. Dios cuidó a Abimelec, temiendo que tocarse a

¹⁶El semi-pelagianismo aparece aquí como una especie de “vía intermedia” entre católicos y pelagianos, buscando conciliar gracia y libertad. Pero los comienzos de la conferencia lo decían muy claramente: Dios y el hombre no son dos socios que comparten la gloria del bien realizado. Nuestra cooperación es real y sin embargo no hay nada en nuestras buenas obras que sea exclusivamente nuestro.

Rebeca¹⁷ y pecase contra Él .

Los celos de sus hermanos llevan a José lejos, preparando así la entrada de los hijos de Israel en Egipto. Habían pensado en un fratricidio y les va a ser preparado el socorro en los días de hambruna. Es lo que José mismo les revela después de haber sido reconocido por ellos: *No os pese mal, ni os dé enojo el haberme vendido acá, pues para salvar vidas me envió Dios delante de vosotros (Gn 45,5)*. Y poco después: *Dios me envió delante de vosotros para que podáis sobrevivir en la tierra y para salvarnos la vida mediante una feliz liberación. O sea que no fuisteis vosotros los que me enviasteis acá, sino Dios, y Él me ha convertido en padre de Faraón, en dueño de toda su casa y amo de todo Egipto (Gn 45, 7-8)*. Y como después de la muerte de su padre, los hermanos fueran presa del terror, para alejar todo vestigio de temor les dijo: *No temáis, ¿acaso estoy yo en vez de Dios? Aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir, como hoy ocurre, a un pueblo numeroso (Gn 50, 19-20)*. Igualmente el bienaventurado David proclama en el salmo 104 que todas estas cosas sucedían por un deseo especial de Dios: *Llamó al hambre sobre aquel país, todo bastón de pan rompió, delante de ellos envió a un hombre, José, vendido como esclavo (Sal 104, 16-17)*.

Aquí vemos que estas dos cosas, gracia y libre arbitrio, parecen oponerse. Sin embargo concuerdan y la fe nos dice que debemos admitir a las dos. Quitar al hombre, sea una, sea la otra, sería abandonar la regla de fe de la Iglesia.

En efecto, cuando Dios ve que nuestra voluntad se vuelve al bien, corre a nuestro encuentro, nos guía y nos conforta: *Cuando oiga tu clamor, en cuanto lo oyere, te responderé (Is 30,19)*. Y Él mismo nos dice: *Invócame en el día de la angustia, yo te libraré y tú me darás gloria (Sal 49, 15)*. Si por lo contrario Él percibe que hay tibieza o resistencia, dirige a nuestro corazón exhortaciones para salvarlo y éstas renuevan o forman en nosotros una buena voluntad.

XII. No hay que creer que Dios haya hecho al hombre tal, que no quiera ni pueda jamás hacer el bien¹⁸. Tampoco se podrá decir que le haya

¹⁷ Casiano se confunde con Sara, verdadera protagonista de esta escena.

¹⁸ El error fundamental del presente capítulo reside en no distinguir entre los dos órdenes, natural y sobrenatural. Dios creó al hombre libre, le dio la gracia y lo enriqueció con dones preternaturales. Pero el hombre al pecar perdió todo aquello que no era de la naturaleza humana, es decir la gracia y los dones.

De tal manera, se hizo incapaz de realizar obras de salvación. Guardó ciertamente con la

concedido el libre arbitrio, si sólo le ha concedido el querer y poder obrar el mal y no el querer y poder obrar por sí mismel bien. Además, ¿cómo estas palabras del Señor, luego de la caída del primer hombre, podrían permanecer como verdaderas: *He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal?* (Gn 3, 22).

No piensen que el hombre en el estado que precedió a la caída haya ignorado totalmente el bien. De otro modo habría que admitir que ha sido creado como si fuera un animal privado de entendimiento y de razón, lo que es absurdo y totalmente incompatible con la fe católica.

Según palabras del buen sabio Salomón: *Dios hizo sencillo al hombre* (Qo 7, 29), es decir para gozar únicamente y sin cesar de la ciencia del bien, pero: *él se complicó con muchas razones* (Qo 7, 29). Ha venido a ser conocedor del bien y del mal. Adán obtuvo, después de su prevaricación, la ciencia del mal que no tenía, pero no perdió la ciencia del bien que había recibido.

Que el género humano no haya perdido la ciencia del bien después de la falta de Adán es lo que las palabras del Apóstol manifiestan hasta la evidencia. *Cuando los gentiles que no tienen ley cumplen naturalmente las prescripciones de la ley sin tener la ley, para sí mismos son ley, como quienes muestran tener la realidad de esa ley escrita en su corazón, atestiguándolo su conciencia y los juicios contrapuestos de condenación o alabanza... en el día en que Dios juzgará las acciones secretas de los hombres*¹⁹ (Rm 2,14-16).

En el mismo sentido Dios acusa por boca del profeta la ceguera no natural sino voluntaria de los judíos, que se provocaban ellos mismos por su obstinación: *¡Sordos –dice–, oíd, ciegos, mirad y ved! ¿Quién está ciego sino mi siervo? ¿Y quién tan sordo como el mensajero a quien envió* (Is 42, 18-19). Y por temor de que se atribuya su ceguera a la naturaleza y no a la voluntad agrega: *Haced salir al pueblo ciego aunque tiene ojos y sordo aunque tiene orejas* (Is 43, 8). El Señor dice también: *Porque tienen ojos y no ven, orejas y no oyen* (Jr 5, 21). El Señor dice también en el Evangelio: *porque vien-*

libertad el poder de producir actos moralmente buenos, pero éstos no conducen a la Vida, sólo la gracia le restituye la posibilidad de hacer el bien que corresponde al orden de la salvación.

¹⁹ El Apóstol en este pasaje no trata el principio de nuestros actos –gracia o naturaleza– sino de las normas que los rigen; y opone bajo este punto de vista a los judíos respecto de los gentiles. Los judíos habían recibido de Dios la Ley escrita. Los otros, privados de este beneficio, encontraban en su razón aquello que los judíos encontraban en la Ley. Han conocido, siguiendo sólo las luces de su conciencia y la ley natural, aquello que debían hacer y evitar. Tal es el cariz del término *naturalmente*.

do no ven y oyendo no entienden (Mt 13, 13). La profecía de Isaías se cumple en ellos: “Escuchad bien pero no entendáis, ved bien pero no comprendáis”. Engorda el corazón de ese pueblo, hazle duro de oído y pégale los ojos, no sea que vea con sus ojos y oiga bien con sus oídos y entienda con su corazón y se convierta y se cure (Is 6, 10). Finalmente, para significar que tenían la posibilidad de hacer el bien, el Señor reprende una vez más a los fariseos: *¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo? (Lc 12, 57)*. No les habría hablado de esta forma si no hubiera sabido que eran naturalmente capaces de discernir lo que es justo. Guardémonos de atribuir al Señor todos los méritos de los santos, como si sólo atribuyéramos lo malo y lo perverso a la naturaleza humana. En este punto seríamos refutados por el testimonio del muy sabio Salomón y mejor aún –diré– del Señor de quien son estas palabras. En la plegaria que Salomón hizo, cuando hubo terminado la construcción del Templo, se expresó así: *Mi padre David pensó en su corazón edificar una casa al nombre de Yahvé Dios de Israel, pero Yahvé dijo a David mi padre: Cuanto a haber pensado en tu corazón edificar una casa a mi Nombre bien has hecho en tener tal voluntad, pero no edificarás tú la casa a mi Nombre” (1 R 8, 17-19)*.

Este pensamiento, estas reflexiones de David ¿eran buenas y de Dios o malas y del hombre? Si este pensamiento fuera bueno y de Dios ¿por qué aquél que lo inspiró le niega que lo lleve a cabo? Y si fuera bueno y del hombre ¿por qué el Señor lo alaba? No nos queda más que creer que era bueno y del hombre.

Todos los días podremos juzgar de igual forma nuestros propios pensamientos. David no recibió el privilegio exclusivo de concebir por sí mismo buenos pensamientos, no se nos es negado por nuestra naturaleza el que gocemos con el bien o concibamos un buen pensamiento.

No podemos dudar consecuentemente de que toda alma posee naturalmente las semillas de las virtudes, depositadas en ella por la prodigalidad del Creador. Pero, si el auxilio divino no las despierta, no llegarán jamás a su perfecto crecimiento, porque según el santo Apóstol: *De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que dio el crecimiento (1 Co 3, 7)*.

El libro llamado “del Pastor” nos enseña muy claramente que el hombre posee la libertad de inclinarse tanto de un lado como del otro. Se dice que dos ángeles están permanentemente con cada uno de nosotros, uno de ellos es bueno y el otro malo y la opción pertenece al hombre: es él quien elige aquel que seguirá.

Es así como el hombre conserva siempre la libertad de no tener en cuenta o de amar la gracia de Dios. El Apóstol no habría dado este precepto: *Trabajad con temor y temblor por vuestra salvación (Flp 2,12)* si no hubiese sabido que depende de nosotros el cuidarla o descuidarla. Pero a

fin de que no piensen que pueden prescindir del auxilio divino para realizar esta gran tarea, agrega: *Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar como bien le parece (Flp 2, 13)*. Previene de lo mismo a Timoteo: *No descuides el carisma que hay en ti (1 Tm 4, 14)* y otra vez: *Por esto te recomiendo que reavives la gracia de Dios que está en ti (2 Tm 1,6)*.

Escribiendo a los corintios les recuerda y los apremia para que no se hagan indignos de la gracia de Dios por sus obras no fructíferas: *Y como cooperadores suyos que somos, os exhortaremos a que no recibáis en vano la gracia de Dios (2 Co 6, 1)*. Simón mismo la había recibido, sin duda alguna, en vano, y así no lo benefició en nada.

No quiso obedecer el mandato del bienaventurado Pedro que le decía: *Arrepiéntete de tu maldad y ruega al Señor a ver si te perdona ese pensamiento de tu corazón, porque veo que tú estás en hiel de amargura y en ataduras de iniquidad (Hch 8, 22-23)*. Dios previene a la voluntad del hombre: *La misericordia de Dios viene a mi encuentro (Sal 58, 11)*. Luego, demora, se detiene en cierta forma para nuestro bien, a fin de poner a prueba nuestro libre arbitrio, y es entonces nuestra voluntad quien le previene cuando dice: *Mas yo grito hacia ti, Yahveh de madrugada (Sal 87, 14)* y más aún: *Me adelanto a la aurora y pido auxilio (Sal 118, 147)*, y otra vez: *Mis ojos se adelantan a las vigiliass de la noche (Sal 118, 148)*. Nos llama y nos invita, cuando dice: *Todo el día extendí mis manos hacia un pueblo incrédulo y rebelde (Rm 10, 21)* y nosotros lo invitamos a nuestra vez, cuando le decimos: *Yo te llamo, Señor, todo el día (Sal 87, 10)*. Y Él nos espera: *Aguardará Yahveh para haceros gracia –dice el profeta (Is 30, 18)*. Y nosotros lo esperamos: *En Yahveh puse toda mi esperanza y Él se inclinó hacia mí (Sal 40, 2)* y *Espero tu salvación, Yahveh (Sal 118, 166)*. Él nos fortalece: *Yo fortalecí su brazo; ¡y ellos contra mí maquinan el mal! (Os 7, 15)*, y nos exhorta a fortalecernos nosotros mismos: *Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes (Is 35, 3)*. Jesús clama: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Jn 7, 37)*. Y el profeta clama hacia Él: *Estoy exhausto de gritar, arden mis fauces, mis ojos se consumen de esperar a mi Dios (Sal 68, 4)* El Señor nos busca: *Lo busqué y no lo hallé, lo llamé y no respondió (Ct 5, 6)*. Y la esposa lo busca con lamentos llenos de lágrimas: *En mi lecho, por las noches he buscado al amor de mi alma. Lo busqué y no lo hallé, lo llamé y no me ha respondido (Ct 3, 1)*.

XIII. Así la gracia de Dios coopera siempre con nuestro libre arbitrio por el bien; en todo lo ayuda, lo protege, lo defiende, de manera que a veces espera o exige de nosotros algún esfuerzo de buena voluntad para que no parezca absolutamente que concede sus dones a quien está completamente adormecido y embotado por el descanso. Busca en cierta

forma las ocasiones en que el hombre ha sacudido su torpeza y su pereza, a fin de que la esplendidez de su largueza no parezca desatinada, encontrando el pretexto de un cierto deseo, un atisbo de esfuerzo. No obstante, ella permanece, aun así, gratuita, ya que a esfuerzos tan pobres y tan insignificantes, ella concede con inestimable liberalidad la gloria inmensa de la inmortalidad y los magníficos dones de la eterna bienaventuranza.

Es cierto, la fe del ladrón en la cruz llegó primero. Guardémonos sin embargo, de juzgar que su feliz llegada al Paraíso no fue prometida gratuitamente.

No crean que sea por una sola palabra de arrepentimiento: *He pecado contra el Señor* (2 R 12, 13) sino, más bien, es por la misericordia del Señor que al rey David se le hayan borrado dos crímenes tan graves y haya merecido también oír del profeta Natán: *Yahveh perdona tu pecado, no morirás* (2 R 12-13). Porque agregó el homicidio al adulterio; tal fue la obra de su libre arbitrio. Pero acepta las recriminaciones del profeta y esto es una gracia de la bondad divina. Se humilla y reconoce su pecado: esta es su parte, que merece en un solo instante el perdón de crímenes tan grandes este es el don de la misericordia del Señor.

Qué decir de una confesión tan breve y de lo incomparable de la infinita recompensa que Dios le otorga, cuando consideramos lo que el bienaventurado Apóstol, contemplando la grandeza de la retribución futura, expresa sobre las innumerables persecuciones por él sufridas: *Estimo que las tribulaciones del tiempo presente no son comparables con la gloria que se manifestará en nosotros* (Rm 8, 18). Y declara todavía, fiel a sí mismo, que los esfuerzos que realiza la fragilidad humana no guardan proporción con la recompensa futura, y sus trabajos no igualarán la gracia a tal punto que ella cese jamás de ser gratuita.

Aquí vemos por qué luego de haber atestiguado que es por la gracia de Dios como ha obtenido el participar de la dignidad de Apóstol: *Por la gracia de Dios soy lo que soy* (1 Co 15, 10), el Doctor de los gentiles proclama también: *La gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Antes bien he trabajado más que todos ellos. Pero no yo sino la gracia de Dios que está conmigo* (1 Co 15, 10).

Al decir *He trabajado* destaca el esfuerzo de su libre arbitrio, cuando agrega: *No yo sino la gracia de Dios*, nos muestra la obra de la protección divina. Y en fin, por la palabra siguiente: "conmigo" proclama que la gracia ha colaborado no con un ocioso o despreocupado, sino con alguien que trabajó con afán.

XIV. Vemos una conducta análoga de la justicia divina en Job, su atleta preferido, cuando el demonio lo elige para un combate singular.

Si no hubiera luchado contra su adversario con sus propias fuerzas, y la gracia de Dios lo hubiera hecho todo cubriéndolo con su protección; si sólo hubiera resistido sin desplegar la virtud de su propia paciencia y socorrido únicamente por el auxilio divino contra el peso enorme de las múltiples tentaciones y los desastres inventados por el enemigo con un arte tan cruel, ¿cómo este enemigo no hubiera podido insistir, y con mucha justicia, en la calumnia que profiriera anteriormente: *¿Es que Job teme a Dios de balde? ¿No has levantado tú una valla en torno a él, a su casa y a todas sus posesiones? ¡Retira tu mano –es decir: déjalo combatir contra mí sólo con sus fuerzas– y verás si no te maldice en la cara!*²⁰ (Jb 1, 9-11). Pero no se atreva a repetir, después de la lucha, una queja de este tipo y ahí mismo confiesa que no es por la fuerza de Dios que ha sido vencido, sino por la de Job mismo.

Sin embargo no debemos creer que a Job le haya faltado totalmente la gracia. Es precisamente ella quien da al tentador un poder que está a la medida de la fuerza de resistencia que sabe que existe en Job. No lo protege contra el ataque de manera que no deje lugar al obrar humano, no, se limita a actuar de tal forma que su salvaje enemigo no le quite el discernimiento ni el dominio de sí mismo y pueda anonadarlo a continuación con la desigualdad de la inteligencia y el peso de un combate injusto.

Así es como Dios pone a prueba nuestra fe para hacerla más fuerte y más gloriosa.

El ejemplo del centurión del Evangelio nos da una lección. El Señor sabía seguramente que curaría a su servidor con el sólo poder de su palabra, pero prefiere ofrecerle ir Él mismo: *Yo iré a curarlo* (Mt 8, 7). Pero el otro en el ardor creciente de su fe se alza por encima de este ofrecimiento: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, basta que lo digas de palabra y mi servidor quedará sano* (Mt 8, 8). Y el Señor queda admirado. Lo cubre de elogios y lo hace objeto de su preferencia sobre todos aquellos que habían creído en Él del pueblo de Israel: *Os aseguro que en todo Israel no he encontrado una fe tan grande* (Mt 8, 10). Pero no tendría gloria ni mérito si Cristo hubiera anticipado en él sus propios dones.

Leemos que la divina justicia preparó igualmente esta prueba de fe al más magnífico de los patriarcas, cuando dice: *Después de estas cosas sucedió que Dios tentó a Abraham* (Gn 22, 1). En efecto, no es la fe que Él mismo ha inspirado lo que el señor quiere probar, sino aquella de la que

²⁰ La cita “retira tu mano” es errónea. Los tres textos hebreo, griego y latín dicen uniformemente: “Extiende tu mano” (Cf. Próspero c. 15, 4 Col. 258).

Abraham pueda dar testimonio libremente en el momento en que es llamado y esclarecido de lo alto. Así su constancia es inmediatamente y a justo título reconocida y, cuando la gracia del Señor vuelve luego del abandono pasajero necesario para la prueba, le habla así: *No alargues tu mano contra el niño ni le hagas nada, que ahora ya sé que tú eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único* (Gn 22, 12).

Puede ser que nos llegue el turno de vernos sometidos a este tipo de tentación a fin de obtener también el mérito de la prueba. El legislador lo predice muy claramente en el Deuteronomio: *Si surge en medio de ti un profeta o vidente en sueños, que te propone una señal o un prodigio y llega a realizarse y te dice: "Vamos en pos de otros dioses que tú no conoces a servirles", no escucharás las palabras de ese profeta o de ese vidente en sueños. Es que Yahveh, vuestro Dios os pone a prueba para ver si verdaderamente amáis a Yahveh vuestro Dios con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma* (Dt 13, 1-3). ¿Qué pasará entonces? Ya que Dios ha permitido que surja este profeta o ese vidente, ¿protegerá a aquellos cuya fe quiere poner a prueba de tal manera que no deje lugar a su libertad para que puedan luchar por sus propias fuerzas con el tentador? ¿Y qué necesidad hay de tal tentación, si los sabe débiles y frágiles, incapaces de resistir por sus propias fuerzas al tentador? La justicia del Señor no permitiría que fueran tentados si no les hubiera reconocido una fuerza de resistencia igual a la del ataque, de manera de poder con toda equidad juzgarlos culpables o dignos de elogio según su obrar.

El Apóstol dice además esto: *Así pues el que crea estar en pie, mire no caiga. No habéis sufrido tentación superior a la medida humana y fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito* (1 Co 10, 12-14). Con las palabras *El que crea estar en pie, mire no caiga*, hace que su libertad sea vigilante, ya que sabe bien que una vez recibida la gracia, dependerá de su libertad el que se mantenga en pie por su celo o caiga por su negligencia.

Cuando prosigue: *No seréis tentados sobre vuestras fuerzas*, les reprocha la debilidad y la inconstancia que se ve en las almas todavía poco fuertes, lo que las hace inadecuadas para resistir los embates de las potencias del mal, contra las que él mismo lucha cada día, como lo manifiesta a los efesios: *Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en las alturas* (Ef 6,12). Y añade: *Dios no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas* (1 Co 10, 13). El Apóstol no desea en absoluto que el Señor no permita la tentación sino que desea que no sean tentados por encima de lo que pueden soportar.

Que la tentación sea permitida demuestra el poder de la libertad humana, que no sean tentados por sobre sus fuerzas muestra por lo contrario la gracia del Señor moderando los asaltos de la tentación²¹.

Todos estos hechos confirman que la gracia divina estimula el libre arbitrio, pero no lo protege ni lo defiende de manera tal que no tenga que realizar el esfuerzo por sí mismo para luchar contra sus enemigos espirituales. Vencedor, el hombre reconocerá la gracia de Dios; vencido, su propia debilidad. Así aprenderá a no contar sólo con sus propias fuerzas, sino siempre con el auxilio divino y a recurrir siempre a su protector.

No hay en esto una conjetura personal sino un sentimiento que se apoya en los testimonios más evidentes de la divina Escritura. Recordemos en efecto, lo que se lee en el libro de Josué²²: *Estos son los pueblos que Yahveh dejó subsistir para probar con ellos a Israel... a ver si guardaban los mandamientos que Yahveh había prescrito... para enseñarles a combatir* (Jc 3,1-2 y 3, 4). Busquemos en las cosas humanas una comparación para la incomparable clemencia de nuestro Creador; no es que pretendamos encontrar una igualdad a su ternura, pero al menos una cierta semejanza con su indulgente bondad.

Supongamos una madre llena de amor y solicitud. Durante mucho tiempo alza a su pequeño en sus brazos hasta que por fin le enseña a caminar. Al principio lo deja gatear. Después lo levanta y lo sostiene con su mano derecha para que aprenda a posar sus pies uno delante del otro. Luego lo deja por un instante y si lo ve tambalear, lo toma rápidamente, sostiene sus pasos vacilantes, lo levanta si ha caído o bien impide su caída o permite que caiga blandamente para levantarlo enseguida.

Al pasar el tiempo el niño se ha convertido en jovencito y pronto tendrá todo el empuje de la adolescencia y la juventud. La madre entonces le impone algunas obligaciones o le añade trabajos que lo ejerciten sin agobiarlo, le permite también que luche con sus compañeros. ¡Bien sabe nuestro Padre que está en los cielos a quién debe atraer al regazo de su gracia, a quién, bajo su presencia, encamina a la virtud, dejándole al mismo tiempo, árbitro de su voluntad! Y más aún Él lo ayudará en sus trabajos, escuchará sus llamados y no esquivará su búsqueda, más bien llegará a veces a salvarlo del peligro sin que él lo sepa.

²¹ El rol de la gracia no se limita sólo a esto; el sentido que le da el Apóstol es éste: Dios no permite que seamos tentados más allá de las fuerzas que nos concede.

²² Texto relativo a la conquista de Palestina por los hebreos. De ahí proviene sin duda que sea citado como perteneciente al libro de Josué.

XV. Esto demuestra hasta la evidencia que los juicios de Dios son insondables, e incomprensibles los caminos por los cuales atrae a su salvación al género humano. Pero el ejemplo de las vocaciones relatadas en el Evangelio nos proporcionará nuevas pruebas. En efecto, ni Andrés ni Pedro ni los demás Apóstoles soñaban con los medios para salvarse, y aquí vemos que Él los elige con una condescendencia total y espontánea de su gracia. Zaqueo, empujado por una percepción íntima de fe, se esfuerza por ver al Señor y compensa su poca talla subiéndose a un sicómoro. El Señor lo acoge y más aún le concede esta bendición y esta gloria: irá a instalarse en su casa. Atrae a Pablo que resiste y se rebela. A otro, le manda seguirlo tan inseparablemente que le niega la pequeña demora para enterrar a su Padre.

Cornelio se dedicaba incesantemente a la oración y a la limosna. En recompensa, el camino de la salvación le es mostrado: un ángel lo visita y le ordena hacer venir a Pedro y escuchar de su boca las palabras por las cuales él y los suyos serían salvados (Cf. *Hch* 10).

Así la sabiduría multiforme de Dios prepara la salvación de los hombres con una ternura hábil para en cambiar sus medios y verdaderamente insondable. Según la capacidad de cada uno, concede la gracia de su largueza.

Para las curaciones que obra no quiere apoyarse en el poder de su majestad sino en la fe que encuentra en cada uno de nosotros o que Él mismo ha repartido. Éste cree que para ser limpiado de su lepra, la sola voluntad de Cristo basta, y Cristo lo cura por el solo consentimiento de su voluntad: *Quiero, queda limpio* (*Mt* 8, 3). Otro le suplica acuda a su casa y resucite a su hija imponiéndole las manos. Él entra en su casa y le concede el objeto de su súplica en la forma esperada (*Mt* 9, 18). Un tercero cree que la salud de su siervo reside esencialmente en el mandato de su palabra: *Basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano* (*Mt* 8, 8). Por el mandato de su palabra devuelve a los miembros inertes su anterior vigor: *Anda, que te suceda como has creído* (*Mt* 8, 13). Y están aquellos que esperan encontrar el remedio tocando la orla de su manto: a éstos les concede con generosidad el don de la salud (cf. *Mt* 9, 20).

Da a algunos la curación de sus enfermedades respondiendo a su ruego y a otros por un don espontáneo. Exhorta a algunos a la esperanza: *¿Quieres curarte?* (*Jn* 5,6). Socorre por sí mismo a otros que no lo esperaban. Sondea los deseos de algunos antes de satisfacer su voluntad: *¿Qué quieres que os haga?* (*Mt* 20, 32) y a otra que ignora el medio para obtener lo que ansía, le señala con bondad: *¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?* (*Jn* 11,40). Con toda certeza derramó más que abundantemen-

te su poder de curación, tanto que al respecto el Evangelista bien pudo decir: *Curó a sus enfermos (Mt 14,14)*. En otros lugares el tesoro inagotable de sus dádivas no pudo manifestarse: *Jesús –se dice– no pudo obrar allí ningún milagro por su falta de fe (Mt 6, 5-6)*. Vemos aquí cómo la liberalidad de Dios responde a la capacidad de la fe humana. Dice a éstos: *Hágase en vosotros según vuestra fe (Mt 9, 29)* y a aquél: *Anda, que te suceda como has creído (Mt 8, 13)*; a un tercero: *Que te suceda como deseas (Mt 15, 28)* y a otro más: *Tu fe te ha salvado (Mc 10,52)*.

XVI. Pero que no piensen que hemos dicho estas cosas con el ánimo de establecer que todo el asunto de nuestra salvación reside en el poder de nuestra fe, según la sacrílega opinión de algunos, que dejando todo al libre arbitrio, afirman que la gracia de Dios es dispensada a cada uno según su mérito²³. Nosotros declaramos por lo contrario y de la manera más absoluta que la gracia de Dios llega a ser desbordante y pasa a veces por sobre los estrechos límites de la incredulidad humana.

Es lo que pasó, como recordamos en el Evangelio, con un funcionario real. Persuadido de que sería más fácil sanar a su hijo enfermo que resucitarlo después de muerto, se apresuró a implorar la presencia del Señor: *Señor, baja antes que se muera mi hijo (Jn 4, 49)*. Y Cristo, no obstante haber reprochado su incredulidad: *Si no veis señales y prodigios no creéis (Jn 4, 48)*, no se abstiene, pese a la debilidad de esta fe, de desplegar la gracia de su divinidad. Acaba con la fiebre que llevaba al enfermo a la muerte, pero no por su presencia –la fe del funcionario no llega más lejos–, sino por el poder de su Verbo: *Vete, que tu hijo vive (Jn 4, 50)*.

Leemos que derramó su gracia con la misma prodigalidad en la curación del paralítico. Este no pedía otra cosa que ser liberado de la debilidad que había abatido todos los músculos de su pobre cuerpo. El Señor comienza por darle la salud del alma: *Ánimo hijo, tus pecados te son perdonados (Mt 9, 2)*. Pero he aquí que como los escribas no querían creer que Él pudiese perdonar los pecados de los hombres, para confundir su incredulidad, por el poder de su palabra, devuelve la fuerza a esos miembros destruidos por la parálisis: *¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: tus pecados te son perdonados, o decir: levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar*

²³ Se trata de la fe concebida por nuestras propias fuerzas y son los pelagianos a quienes se está refiriendo.

*pecados: Levántate –dice entonces al paralítico– toma tu camilla y vete a tu casa (Mt 9, 4-6)*²⁴.

Lo mismo ocurrió con aquel enfermo que, acostado en vano por treinta años cerca del borde de la piscina, esperaba su curación por la agitación de las aguas. Espontáneamente el Señor muestra la magnificencia de su liberalidad. Primero llama la atención del enfermo sobre el medio para recuperar la salud: *¿Quieres curarte? (Jn 5, 6)*. El enfermo se queja de la falta de ayuda de parte de los hombres: *Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua (Jn 5, 7)*. Y el Señor perdona su incredulidad y su ignorancia, le devuelve la salud no por el medio que esperaba sino de la manera que ha elegido su misericordia: *Levántate, toma tu camilla y anda (Jn 5, 8)*²⁵.

¿Pero qué hay de sorprendente en el relato de tales prodigios del poder del Señor, cuando la divina gracia ha obrado milagros semejantes por intermedio de sus servidores?

Pedro y Juan están en el Templo. Un cojo de nacimiento incapaz de dar un paso les pide limosna. Pero ellos en lugar de las viles piezas de moneda que solicita le conceden el uso de sus piernas. Él sólo esperaba el alivio de un pobre óbolo, ellos lo enriquecen con el precioso don de la salud que él no esperaba: *No tengo plata ni oro –dice Pedro– pero lo que tengo te doy, en nombre de Jesucristo de Nazaret, ponte a andar (Hch 3, 6)*.

XVII. En estos ejemplos manifestados en los Evangelios podemos reconocer claramente cuán diversas e innumerables son las vías por donde Dios procura la salvación del género humano. Algunos están colmados de buena voluntad y consumidos por una santa pasión: a éstos los incita a un mayor ardor aún, a este otro lo contiene a pesar de su ímpetu.

A veces nos ayuda a realizar los buenos deseos que ve que poseemos, otras nos inspira los primeros movimientos para llevar a cabo aspiraciones santas y nos concede el comienzo del buen obrar así como la perseverancia²⁶.

²⁴ Casiano dice: "... y vete a tu casa" (*in domum tuam*) mientras que el texto evangélico dice: "y anda".

²⁵ Ciertamente el pensamiento de Casiano se refiere al mismo pasaje de san Juan (5, 8) pero en realidad retoma palabra por palabra la cita de san Mateo (9,6).

²⁶ La gracia previene a todos los hombres sin excepción, a todos inspira los primeros movimientos hacia los deseos santos. No puede decirse en consecuencia, que Dios sea a veces protector y salvador y otras sostén y refugio, siempre es plenamente Salvador.

De ahí proviene el que en nuestras oraciones lo invoquemos no sólo como protector y salvador sino también como ayuda y sostén. Y mientras Él sea el primero en llamarnos, el que acude en ayuda de nuestros esfuerzos y aquel que nos acoge y protege cuando recurrimos a Él, merecerá el nombre de sostén y refugio.

Reflexionando espiritualmente sobre la liberalidad multiforme que se revela en esta providencia de Dios, el bienaventurado Apóstol se ve como absorbido por el océano sin fondo y sin orilla de la ternura divina y exclama: *Oh abismo de la riqueza de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos. En efecto ¿quién conoció el pensamiento del Señor? (Rm 11, 33-34). ¡Qué admirable es la ciencia divina que llena de estupor a un hombre tal como el Doctor de los gentiles!*

Aquel que intenta reducirla a la nada, cree poder medir con su razón humana la profundidad de este abismo insondable y en su sacrílega audacia sostiene, oponiéndose, que los juicios de Dios pueden ser penetrados a simple vista y que sus caminos son fácilmente discernibles; mientras que el Señor mismo atestigua dirigiéndose a tales personas: *Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos, porque cuanto aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros (Is 55, 8-9).*

El Señor quiso un día expresar, apoyándose en las manifestaciones del afecto humano, la amorosa Providencia que Él condesciende en prodigarnos con una ternura infatigable y, no encontrando otro sentimiento en toda la creación con el cual pudiera compararse mejor, lo hizo con la ternura de un corazón de madre. Acude a este ejemplo porque no puede hallarse nada más delicado en la naturaleza humana y dice: *¿Acaso olvida una mujer a su niño pequeño, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? (Is 49,15).* Luego, como esta comparación no le parece suficiente, va más allá: *Pues aunque ésas llegaran a olvidar, yo no te olvido (Is 49, 15).*

XVIII. Para aquellos que todo lo miden a la luz de la experiencia y no se dejan llevar por la embriaguez de las palabras, hemos visto aquí la grandeza de la gracia y la pequeñez de los medios de la libertad humana y se ha hecho evidente esta verdad: *No siempre es de los ligeros el correr, ni de los esforzados la pelea, como también hay sabios sin pan y discretos sin hacienda y doctos que no gustan (Qo 9,11), pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu distribuyéndoles a cada una en particular y según su voluntad (1 Co 12, 11).* Esto es la cosa más creíble del mundo y que la experiencia nos hace, por decir así, tocar con las manos: el Apóstol nos dice que el Dios del Universo obra todo en todos, sin diferencias, con el senti-

miento del más tierno de los padres y el más bondadoso de los médicos. Tanto nos inspira en el comienzo de nuestra salvación poniendo en cada uno el ardor de la buena voluntad como nos hace pasar a los hechos y llegar a la concreción de nuestras virtudes. Sin nosotros saberlo o consentirlo nos salva de una ruina inminente o de una caída rápida, prepara las ocasiones para nuestra salvación y las circunstancias favorables, impide que los esfuerzos más violentos y más arrebatados alcancen sus fines y que se realicen proyectos de muerte. Algunos corren hacia Él con un impulso voluntario, y Él los recibe. Otros lo resisten y Él los atrae a pesar suyo, forzándolos a una buena voluntad.

Es Dios quien todo lo concede, a condición de que nuestra resistencia no lo sea para siempre y que no persistamos en nuestro rechazo. Todo lo concerniente a nuestra salvación debe ser atribuido no al mérito de nuestras obras sino a la gracia celestial: son las palabras mismas del Señor las que nos enseñan: *Allí os acordaréis de vuestra conducta y de todas las acciones con las que os habéis contaminado y cobraréis asco de vosotros mismos por todas las maldades que habéis cometido. Sabréis que yo soy Yahweh, cuando actúe con vosotros por consideración a mi nombre y no con arreglo a vuestra mala conducta y a vuestras corrompidas acciones, casa de Israel (Ez 20, 43-44).*

Así todos los Padres católicos que han llegado a la perfección del corazón, no por vanas discusiones de palabras sino por sus actos y sus obras, han establecido estos principios:

- Primero: Es el don de Dios quien enciende en nosotros el deseo de todo bien, pero nuestra libertad permanece íntegra como para inclinarse tanto de un lado como del otro.
- Segundo: Es igualmente un efecto de la gracia el que practiquemos las virtudes pero sin que el poder del libre arbitrio sea sofocado.
- Tercero: Una vez adquirida la virtud, la perseverancia es todavía un don Dios, pero nuestra libertad aun consagrándose a ella, no se siente cautiva.

El Dios del universo obra todo en todos, pero debemos creer que de Él depende el incitarnos, protegernos y afianzarnos y no el arrebatarnos la libertad que Él mismo nos ha concedido.

Si alguna conclusión inteligente surgida de un exceso de argumentaciones pareciera contradecir este sentir, es preciso evitarla a riesgo de provocar la destrucción de la fe. Porque la fe no proviene de la inteligencia sino la inteligencia de la fe (*non enim fidem ex intellectu, sed intellectum meremur ex fide*), según se ha escrito: *Si no creéis, no comprenderéis (Cf. Is 7,9)*. Y añadido aún: ¿Cómo puede ser que Dios obre todo en nosotros y

al mismo tiempo nosotros lo atribuyamos todo a nuestro libre arbitrio? Es debido a que el entendimiento y la razón humanos no alcanzan a comprenderlo plenamente.



Después que el venerable Queremón nos hubo fortalecido así con el pan de su doctrina, no sentimos más la fatiga de un viaje tan difícil.